

# BIBLIOTECA

DE

## CONOCIMIENTOS HUMANOS.

TRADUCCION DEL INGLES.

HISTORIA DE LA GRECIA

CUADERNO SEGUNDO.

N.º 12.



BARCELONA:

IMPRESA DE JOSÉ TORNER, CALLE DE CAPELLANS.

AÑO 1829.

BIBLIOTECA HOSPITAL  
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

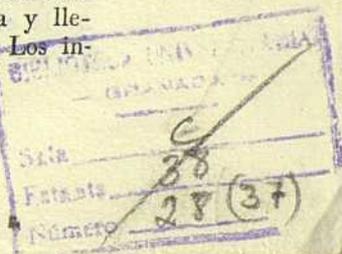
095

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21

se negociarían la impunidad haciendo traición á la ciudad y entregándola, mientras que permaneciendo unidos y conservando la esperanza, podrían conseguir la victoria, seguridad que Milciades solo era el que podía prometer, estando tan instruido en la táctica de los persas como en la de la Grecia misma. Calimaco convencido hizo marchar el ejército hácia Maraton, en donde Milciades, el dia que le tocó mandar, presentó batalla á los persas. Los atenienses llevaban consigo todas las fuerzas de Platea, pequeña república de Beocia que se habia puesto bajo su proteccion en su guerra con los tebanos, y desde entonces habian sido sus mas fieles aliados. Las fuerzas aliadas ascenderían como á unos 14000 hombres de infantería de línea con casi otro tanto número de ligera. El ejército persa se calculaba de unos 100,000 hombres.

La infantería enemiga solo era buena para combatir á pie firme, pero era inferior á la griega por cuanto no estaba tan bien armada ni tenia tanta solidez en su formacion. El resto de sus infantes solo era temible por su destreza en lanzar piedras y saetas, aunque su caballería era numerosa y escelente. El sitio del combate fué perfectamente elegido por los atenienses. En las alturas, su falange pesada no habria podido guardar su formacion, y habria tenido que sufrir mucho de los flecheros contrarios: en la llanura, habria sido sofocada por el número, y destruida indubitablamente sin poderse volver á reunir á causa de la caballería enemiga. Pero en la estrecha llanura de Maraton, el terreno facilitaba los movimientos de la falange, mientras su pequeña estension inutilizaba las evoluciones de la caballería enemiga, obligando á los contrarios á recibirla de frente sin poder flanquearla ni cortarla. A pesar de lo reducido del terreno, Milciades no pudo conseguir igualar su frente con el del enemigo, sino debilitando alguna parte de su línea. Por lo que, aligeró su centro y reforzó sus alas, y para evitar todo encuentro con la caballería y flecheros, en cuanto fuese posible, ordenó á sus tropas que se encaminasen corriendo al encuentro del enemigo para pelear cuerpo á cuerpo. El choque fué obstinado. El centro de los persas rompió el de los atenienses y lo persigió largo trecho; pero el resto fué destrozado por las alas de los atenienses que, abandonando á los ya vencidos, cargaron contra los vencedores de su centro, y dieron fin al combate persiguiendo al desordenado ejército hasta sus transportes. Los invasores pues, perdieron siete buques y 6400 hombres, mientras los atenienses y los de Platea solo perdieron 192, aunque entre ellos se cuenta el Polemarco Calimaco, con otros muchos eminentes gefes.

La flota persa se puso á la vela inmediatamente para Atenas, esperando sorprenderla durante la ausencia de sus defensores; pero Milciades previniendo su designio, hizo una marcha precipitada y llegó á Atenas antes que se descubriesen las velas del enemigo. Los in-



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

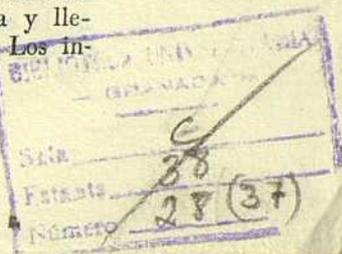
Numero:

095 (37)

se negociarían la impunidad haciendo traición á la ciudad y entregándola, mientras que permaneciendo unidos y conservando la esperanza, podrían conseguir la victoria, seguridad que Milciades solo era el que podía prometer, estando tan instruido en la táctica de los persas como en la de la Grecia misma. Calimaco convencido hizo marchar el ejército hácia Maraton, en donde Milciades, el dia que le tocó mandar, presentó batalla á los persas. Los atenienses llevaban consigo todas las fuerzas de Platea, pequeña república de Beocia que se habia puesto bajo su proteccion en su guerra con los tebanos, y desde entonces habian sido sus mas fieles aliados. Las fuerzas aliadas ascenderían como á unos 14000 hombres de infantería de línea con casi otro tanto número de ligera. El ejército persa se calculaba de unos 100,000 hombres.

La infantería enemiga solo era buena para combatir á pie firme, pero era inferior á la griega por cuanto no estaba tan bien armada ni tenia tanta solidez en su formacion. El resto de sus infantes solo era temible por su destreza en lanzar piedras y saetas, aunque su caballería era numerosa y escelente. El sitio del combate fué perfectamente elegido por los atenienses. En las alturas, su falange pesada no habria podido guardar su formacion, y habria tenido que sufrir mucho de los flecheros contrarios: en la llanura, habria sido sofocada por el número, y destruida indubitablamente sin poderse volver á reunir á causa de la caballería enemiga. Pero en la estrecha llanura de Maraton, el terreno facilitaba los movimientos de la falange, mientras su pequeña estension inutilizaba las evoluciones de la caballería enemiga, obligando á los contrarios á recibirla de frente sin poder flanquearla ni cortarla. A pesar de lo reducido del terreno, Milciades no pudo conseguir igualar su frente con el del enemigo, sino debilitando alguna parte de su línea. Por lo que, aligeró su centro y reforzó sus alas, y para evitar todo encuentro con la caballería y flecheros, en cuanto fuese posible, ordenó á sus tropas que se encaminasen corriendo al encuentro del enemigo para pelear cuerpo á cuerpo. El choque fué obstinado. El centro de los persas rompió el de los atenienses y lo persigió largo trecho; pero el resto fué destrozado por las alas de los atenienses que, abandonando á los ya vencidos, cargaron contra los vencedores de su centro, y dieron fin al combate persiguiendo al desordenado ejército hasta sus transportes. Los invasores pues, perdieron siete buques y 6400 hombres, mientras los atenienses y los de Platea solo perdieron 192, aunque entre ellos se cuenta el Polemarco Calimaco, con otros muchos eminentes gefes.

La flota persa se puso á la vela inmediatamente para Atenas, esperando sorprenderla durante la ausencia de sus defensores; pero Milciades previniendo su designio, hizo una marcha precipitada y llegó á Atenas antes que se descubriesen las velas del enemigo. Los in-



vasores tuvieron que regresar á Asia con los solos prisioneros de Eretria, que fueron mandados á Susa. Dario les habia tenido siempre la mayor animosidad por el incendio de Sardis, pero cuando los tuvo á su disposicion los trató con la mayor consideracion y humanidad. Los estableció, insigniando su carácter en colonia, en uno de sus propios estados, en donde fueron muy distinguidos en lo sucesivo particularmente por su language heleno.

Los atenienses habian pedido auxilio de los lacedemonios cuando cayó Eretria, el que fué concedido por el Senado, pero por causa de cierta prevencion supersticiosa, las tropas no pudieron emprender su marcha hasta que hubo pasado el plenilunio. Entonces se puso en movimiento una fuerza de 2000 hombres, que caminó con tal celeridad para reparar en lo posible la lentitud con que habia procedido el gobierno por la indicada causa, que llegaron á la Atica á los tres dias de marcha. Sin embargo, la batalla ya habia sido dada, pero quisieron llegar hasta Maraton para ver los despojos del campo de batalla, despues de lo cual se volvieron haciendo los debidos elogios al valor de los atenienses que fueron los primeros en atajar el curso no interrumpido de las victorias de la Persia. Herodoto observa que los atenienses fueron los primeros que emplearon la práctica de *correr* contra el enemigo, y los primeros que hicieron frente á la destreza de los Medas, pues hasta entonces este nombre solo habia sido el terror de la Grecia.

Milciades se elevó entonces al mas alto grado de popularidad é influencia, de modo, que habiendo pedido una flota de setenta naves sin espresar para que objeto, sino que traeria grandes riquezas, le fué concedida al punto por el pueblo. La condujo pues á la isla de Paros bajo pretesto de castigar á sus habitantes por haber auxiliado, aunque forzadamente á los persas; pero en la realidad para vengarse de cierta injuria personal. Les intimó á su llegada que pagasen cien talentos si querian quedar impunes, pero los de Paros reusaron semejante pago, se apercibieron á la defensa, y en un encuentro para forzar la ciudad, fué herido Milciades y se vió obligado á retirar el ejército. A su regreso fué puesto en consejo de guerra por acusacion de Xantipo, sugeto de la primera consideracion, por no haber cumplido su promesa. Su herida no le permitió defenderse, pero fué llevado á la asamblea en una litera, miéntras sus amigos se esforzaban en defenderlo, recordando principalmente sus recientes servicios. Esta memoria, junto con la compasion que escitó la situacion en que se encontraba, prevaleció en el ánimo del pueblo, que lo absolvió de la pena capital, pero fué multado en cincuenta talentos, que ascenderán á unos 60000 duros. Este ilustre personage murió poco despues de resultas de su herida, y su hijo Cimón satisfizo la espresada multa.

Ha habido muchos que han citado este acontecimiento de Mil-

ciades, aunque con poca razon, como un ejemplo de ingratitud de parte de los atenienses, siendo asi que lo mas reprehensible que se advierte en la conducta de estos en esta ocasion, solo puede escusarse por un exceso de confianza y gratitud, como es el haber concedido tan á ciegas un armamento como el citado, á un hombre, que aunque con todo el crédito de eminente general, no habia dado grandes pruebas de probidad y moderacion. Su tentativa contra Paros fué un abuso atroz de la autoridad que egercia, para satisfacer una venganza propia: nada habria sido tan injusto como haber dejado impune un hecho semejante, aunque se puede creer que el resentimiento de los atenienses, no tanto fué escitado por la iniquidad cometida, como por no haber conseguido las ventajas ofrecidas. Por lo que hace á la imposicion á que fué condenado, atendiendo á las extraordinarias riquezas de Cimón; mas bien fué una forma que un castigo, pudiendo asegurarse que Milciades se libró de mayor castigo, como merecia su conducta, á favor de la gratitud y compasion de los atenienses.

La animosidad de Dario contra los atenienses subió de punto cuando supo la derrota de su ejército en Maraton. Asi pues, ordenó un nuevo armamento para formar un ejército mas numeroso destinado á la conquista de Grecia, y por el espacio de tres años toda el Asia estuvo en movimiento á causa de los preparativos bélicos. Pero afortunadamente para la especie humana, generalmente hay un cierto límite de engrandecimiento para los imperios que lo han alcanzado por conquista, fuera del cual se destruyen por si mismos, formando varios fragmentos del todo; ó se debilitan por falta de poder estable que alcance á las provincias distantes. Los sucesores de Dario experimentaron esta verdad. Sus ejércitos, aunque constasen en su mayor número de individuos que sólo atendiesen á su deber, no estaban escentos de la rebelion, y ademas los gobernadores de las provincias se consideraban bastante capaces por lo remoto de sus puntos y por la magnitud de sus mandos, á conducirse mas bien como príncipes independientes que como individuos subordinados á un comun Señor. El primer síntoma de que el imperio habia alcanzado el punto de grandeza de que acabamos de hablar, fué la revolucion de Egipto que aconteció á los cuatro años despues de la batalla de Maraton, y distrajo la atencion de Dario de la conquista de la Grecia que se habia propuesto. Cuando estaba preparándose para los dos objetos vinieron á estorbarle las contensiones de sus hijos Artabazano, el mayor, y Xerxes, el primero que le habia nacido de Atosa, hija de Ciro, desde que habia subido al trono. Despues de algunas dilaciones ocasionadas por la indecision, se declaró á favor de Xerxes, muriendo al fin sin haber completado los preparativos contra ninguno de los enemigos de que hemos hablado.

Xerxes, que sucedió á Dario, redujo á todo el Egipto á la obe-

diencia al segundo año de su reinado, y entonces resolvió seguir el plan de la invasion de la Grecia. Los que principalmente lo determinaron á ella fueron Mardonio y los refugiados griegos, en particular los pisistratidas. Los preparativos duraron cuatro años, al fin de los cuales se puso en marcha para el Helesponto con un ejército que constaba de gentes de toda el Asia desde las fronteras de la India hasta las costas del Mediterráneo. Se construyó un puente de barcas á través del Helesponto, empresa difícil á causa de la anchura del estrecho y de la rapidez de la corriente, el cual habiendo sido roto por una tempestad, Xerxes, segun refiere Herodoto, en la locura de su vano poder, mandó que los artifices fuesen condenados á muerte y el mar azotado por haber desobedecido á su Señor: se construyó de nuevo y pasó el ejército empleando siete dias y siete noches. La infanteria se calcula á 1.700,000 hombres, y la caballeria á 80,000. Algun tiempo antes, para evitar la navegacion peligrosa al rededor del promontorio de Atos, en donde habia sido arruinada la flota de Mardonio, se construyó un canal á través del istmo que une el espresado monte con la tierra firme, obra cuyo enorme trabajo y dispendio no correspondia á su utilidad; por lo que se creyó que habia sido hecha para ostentar principalmente el poder de Xerxes, y para conservar su memoria.

El ejército se adelantó sin encontrar resistencia, por la Tracia y la Macedonia. Se mandaba á todas las ciudades griegas que tuviesen preparado un banquete del modo mas esplendido, cuyo estipendio arruinó á muchas de ellas. La flota siguió la costa de la bahía Termaca, en donde se reunió con las fuerzas de tierra, y mientras se hizo alto en dicho punto, fueron regresando los Heraldos que Xerxes habia mandado á todas las ciudades griegas pidiendo tierra y agua. Entre los pueblos que las ofrecieron, las mas considerables fueron los tesalios y los tebanos con todos los beocios, escepto Tespia y Platea. Por lo que hace á Esparta y Atenas, no se enviaron mensajeros, por haber sido muertos de la manera que se ha dicho los que habia mandado Dario. La espacion de este crimen dió motivo á un ejemplo extraordinario de patriotismo. Habiéndose publicado en Esparta que era necesario que alguno muriese para salvar la república, Espertias y Baulis, dos ilustres personajes, se ofrecieron en sacrificio, y en consecuencia fueron entregados á los persas. A su llegada, se les hicieron muchas ofertas de la mayor importancia por si querian entrar en el servicio del rey, pero habiéndolo reusado, y siendo conducidos á presencia de aquel, declararon que venian solamente para satisfacer en nombre de Lacedemonia el asesinato de los mensajeros. Xerxes les contestó que aunque los lacedemonios habian roto las leyes mas sagradas de nacion á nacion, no pretendia imitar la crueldad que aborrecia, ni por consiguiente quitar la vida á dos hombres cualesquiera que fuesen, en satisfaccion de un crimen co-

metido por los individuos del gobierno á que pertenecian; por lo que los despachó de contado, y estos regresaron á Esparta sin lesion.

Los estados griegos que habian reusado la sumision se encontraban en esta coyuntura en las mayores alarmas; por lo que los atenienses consultaron el oráculo de Delfos, que les dió una respuesta del todo amenazadora y terrible, en vista de lo cual mandaron otra vez por mas favorable contestacion, pero la que recibieron fué ambigua, y entre otras cosas se les decia que cuando todo fuese destruido, podrian salvarse con los muros de madera. Algunos creyeron que el oráculo hablaba del Acropolis que antiguamente habia tenido una palizada, y otros de sus naves. Temistocles acababa de ser nombrado otro de los gefes en Atenas. Cuando se propuso que se repartiesen diez dragmas, moneda de plata del valor de una peseta, á cada ciudadano, del producto de las minas de plata del Laurium; Temistocles se opuso, convenciendo á la asamblea que aquellas sumas se empleasen en la construccion de buques para la guerra que tenian entonces con Egina. Estos estaban ya concluidos, y en esta ocasion instó á sus conciudadanos á que se construyesen en mayor número, manifestándoles que debian esperar su salud de su numerosa fuerza naval, y la adopcion de este consejo salvó la Grecia. Con la reunion de los diputados de las ciudades que habian reusado la sumision al ejército invasor, se efectuó una reconciliacion general, olvidando todo resentimiento, particularmente los de Atenas y los de Egina. En seguida se mandaron dos embajadas, una á Argos pidiendo la concurrencia á la guerra comun, que fué reusada, sea por temor ó por celos con Esparta; y la otra á Gelon, rey de Siracusa en Sicilia entonces quizá el mayor potentado de Grecia.

Gelon era de una noble familia de Gela, colonia de Rodas establecida en Sicilia. Habia servido en la guardia de Hipócrates de Gela, que conquistó muchas ciudades vecinas, y habia alcanzado los mas elevados destinos por sus relevantes pruebas de talento y pericia militar. Gelon quedó de tutor de los hijos de Hipócrates que murió en una batalla, y so pretesto de cuidar de los intereses de los espesados, se aseguró el mando para sí mismo. Despues de esto, habiendo sido espulsados de Siracusa algunos hacendados poderosos por su partido contrario, Gelon emprendió el restablecerlos. Es muy probable que habia adquirido el mayor crédito asi por su equidad y moderacion como por su habilidad, porque el pueblo de Siracusa convino á su arribo en que el mismo terminase las diferencias entre los partidos y se quedase con el supremo mando de él. Por lo que abandonó el gobierno de Gela y se empleó en acrecentar el poder de Siracusa, aunque sus medidas son tenidas al presente por violentas en sumo grado. Transportó á Siracusa toda la poblacion de Camarina y mas de la mitad de la de Gela, y habiendo obligado á rendirse á los megarenses de Sicilia, hizo ciudadanos de Siracusa á los ricos y

poderosos que habian sido los autores de la guerra, y el resto de los entregados fueron vendidos como esclavos, con la espresa condicion que debian ser esportados de la isla. Aunque estos no lo aborrecian ni esperaban el mal trato que se les hizo, sin embargo parece que Gelon era enemigo de la democracia por inclinacion y por política, y probablemente no fué de parecer de introducir en la ciudad personas que por poco que ganasen en fuerza ó en riqueza, optarian á la igualdad como ciudadanos, y podrian introducir en ella las semillas de la disencion con motivo de las antiguas enemistades con los suyos. Este parece el mas verosimil de los motivos que le sugirieron tal medida, aunque la mas injusta y cruel, y que forma el mas negro borron en la memoria de un personage como Gelon, cuya administracion fué, generalmente hablando, diestramente conducida, y á lo menos, aunque no fuese mas que por política, se calificó de suave y benéfica.

Por lo demas Siracusa prosperó sobre manera bajo su gobierno, de modo que cuando llegaron los embajadores á pedir su auxilio contra la invasion de los persas, ofreció 200 triremes y 20,000 hombres de infanteria y 2000 caballos, sin contar los flecheros, honderos etc. Sin embargo pidió el mando de las fuerzas confederadas y moderó despues su pretension, pidiendo solo que se le confriese el mando de mar ó de tierra, quedando el otro para los lacedemonios, pero sus proposiciones fueron desatendidas; por lo que no entró en la liga.

Los tesalios estaban dispuestos á unirse á la confederacion de la Grecia con tal que su territorio fuese defendido, y habiéndose mandado á la espresada una fuerza de 10,000 hombres, se reunió á ella su poderosa caballeria; pero los gefes griegos no considerándose capaces de defender sus muchos pasos, se retiraron hácia los distritos meridionales, con lo que los tesalios no solo abandonaron la confederacion, sino que se sometieron al invasor y lo sirvieron con la mayor actividad. Los griegos eligieron pues por defensa el paso estrecho de Termopilas, única salida transitable al Sur de la Tesalia, en donde se colocaron como 5000 hombres de tropas regulares mandadas por Leonidas, rey de Esparta, hermano de Cleomenes, con el objeto de defender el paso, interin se verificaba la llegada de toda la fuerza reunida de los diferentes estados que la componian; mientras la flota combinada, compuesta de 271 triremes sin contar los buques menores, se reunia en la rada vecina de Artemisa en Eubea. Los persas dieron diferentes ataques para forzar el paso, pero siempre fueron rechazados con grande carniceria, la estrechez del paso no permitiéndoles el que pudiesen aprovecharse de su mayor número, esponiéndose sin defensa ni huida, á la superior pericia y firmeza de los griegos y á la irresistible carga de su pesada falange.

Al fin no faltó quien enseñó á Xerxes un paso, por el cual po-

dian conducirse las tropas rodeando la montaña, por lo que envió un fuerte destacamento que atacó á los griegos por retaguardia, mientras todo su ejército se adelantaba de frente, asegurando de este modo la destruccion de los defensores de dicho paso. Ya no era posible detener al enemigo. Cualquiera otro habria juzgado inutil sacrificar su vida y la de sus soldados en donde no podia obtenerse ninguna ventaja militar digna del hecho extraordinario; pero Leonidas previó que el mayor peligro que amenazaba á la Grecia consistia en el terror ocasionado por la desigualdad de fuerzas, el cual podria sugerir á cada estado en particular un medio de salvacion, abandonando la causa comun, ó á lo menos á desatender la defensa general para acudir á la parcial de su propio territorio. Nada era tan á propósito para desviar este sugerimiento como el entusiasmo que escitaría un relevante ejemplo de patriotismo, sacrificándose por la causa comun; y su resolucíon se hallaba fortificada por un oráculo que habia declarado que Esparta ó su rey debian perecer. Asi pues, despachando el resto de su fuerza para que sirviese á la patria en donde el destino les deparase mejores esperanzas, se quedó con los trescientos espartanos que iban con él. Los tespíos en número de 700, acaso toda la fuerza de su pequeña república, declararon que estaban resueltos á seguir su misma suerte, y se quedó además con 400 tebanos contra su disposicíon, como en rehenes de la dudosa confianza de sus paisanos. Esta fuerza podia tal vez considerarse dupla contando los esclavos y helotas armados á la ligera, que sin embargo valian poco en comparacion de los verdaderamente soldados. Con esta pequeña fuerza se adelantaron los griegos al encuentro del enemigo peleando como hombres cuyo solo objeto era vender sus vidas lo mas caramente posible: asi fué que hicieron una horrible carniceria, llevando la ventaja hasta que el destacamento persa atacó su retaguardia: entonces se retiraron á la cumbre de una colina desde donde sostenian el combate peleando con sus espadas cuando hubieron perdido ó roto sus lanzas, y finalmente con las manos y con los dientes en defecto de las últimas, hasta que todos los espartanos y tespíos perecieron hasta el último. Los tebanos se habian quedado peleando para proteger la retirada á la cumbre de la colina, pero se rindieron en seguida en cuerpo. Esta es seguramense la sola ocasion en que el pequeño estado de Tespia se hizo visible en la historia, y siendo asi que ya Tebas era poderosa y floreciente y al mismo tiempo uno de los estados predominantes de la Grecia, podia haber dado todos sus ensangrentados laureles por este solo hecho ó sacrificio patriótico de parte de los tespíos.

Cuando la flota persa fué avistada desde Artemisa, la mayor parte alarmados á vista de su numerosa fuerza, fueron de opinion de retirarse, pero los eubeos, no sin grandes penas, empleando todo género de súplicas y de ofertas, pudieron prevalecer en hacerlos que-

dar. Temistocles, general de la flota ateniense, recibió treinta talentos de Eubea que repartió con los gefes espartanos y corintios. Finalmente se libraron tres combates sin ningun resultado decisivo, aunque llevaron casi siempre la ventaja; y los atenienses que habian suplido 127 naves de las 271, añadieron despues 53 mas, llevando siempre la mejor parte en cada combate. La flota de Xerxes, que habia sufrido ya bastante al otro lado del Pelion en Tesalia, fué desbaratada de nuevo por una tempestad. Pero los griegos habiendo sabido la derrota de Termopilas, se retiraron, y los persas tomaron posesion de Eubea sin la menor resistencia. Temistocles antes de abandonar la isla erigió monumentos con inscripciones en todos los parages de recalada quejándose de la conducta de los jonios, por asistir á los invasores de su madre patria, y amonestándoles á desertar de los persas, ó si posible no fuese, á desdeñar su servicio. Con esto esperaba poder influir en la conducta de los jonios, ó á lo menos, hacerlos sospechosos, quitando de todos modos al enemigo el servicio efectivo de una parte importante de su fuerza naval.

Los focenses se declaron contra Xerxes, principalmente por su odio á los tesalios, y el ejército persa adelantándose por su provincia con los tesalios por guias, taló el pais á sangre y fuego hasta que llegó á la Beocia, en donde fué recibido como en pais amigo. Un destacamento salió para Delfos principalmente para apoderarse de las inmensas riquezas de su templo. Los delfios alarmados á su aproximacion consultaron el oráculo para saber que era lo que debia hacerse con los sagrados tesoros; y respondió que no se tocasen, pues el dios sabia cuidar su propiedad: asi pues enviaron á sus hijos y mugeres á la Acaya y se refugiaron en las alturas del Parnaso y en lo que se llamaba la caverna Coricia. Los persas al aproximarse fueron acometidos por una violenta tempestad, cayéndoles encima las rocas de las montañas próximas, de modo que hallándose en la mayor consternacion, salieron los delfios completando su derrota y persiguiéndolos hasta Beocia, ocasionándoles incalculable pérdida. Acerca de este acontecimiento se contaron muchos prodigios que no es del caso entretenernos en referir.

El espíritu del consejo de Lacedemonia era muy diverso del que habia inspirado á Leonidas. En lugar de adelantarse hácia las fronteras de la Beocia para proteger á los aliados, trataron solo de fortificar el istmo, con esperanza de preservarse en caso que todo lo demas fuese presa del invasor. Si los atenienses hubiesen obrado con igual egoismo y poca prevision, la Grecia habria sido enteramente esclavizada. Si bien es verdad que repulsaron la primera invasion, esta era demasiado poderosa, y no habiendo otro camino de salvar la ciudad, podian haber hecho una paz particular. Los griegos, sin la escuadra ateniense que componia mas de la mitad de la total reunida, no habrian podido hacer frente á la enemiga, ó bien no ha-

brian podido continuar la defensa del istmo, dispersándose las tropas, y replegándose cada una al estado particular de que dependía, no encontrándose suficientes para contrarrestar á los persas en el campo; ó las ciudades habrían sido sucesivamente tomadas por la flota asiática, puesto que la mayor parte de sus moradores se hallaban ausentes. Pero los atenienses cuando previeron que si sus aliados los abandonaban, no podrían defender su ciudad, ni conservarla sino por la sumisión, resolvieron desde luego abandonarla. La flota pues, pasó de Artemisa á Salamina con el objeto de verificar el abandono indicado, trasportando á dicho punto, á Trecena y á Egina á sus familias y esclavos, conservando á todos los que se hallaron útiles para el servicio de la escuadra: sin embargo, algunos se quedaron en Atenas, particularmente las personas de estado indigente, que no podían encontrar medio de subsistir en pais extraño, y algunos otros que concibieron que por las murallas de madera, de que habló el oráculo, debía entenderse el Acropolis. Los persas finalmente se adelantaron hácia Atenas, habiendo quemado á Tespia y Platea: entraron luego en la primera, pero los pocos atenienses que se hallaban encerrados en el Acropolis hicieron la mas obstinada defensa, desechando cuantos ofrecimientos les hicieron los pisistratidas para obligarlos á rendirse: al fin la ciudadela fué tomada no sin mucha dificultad, y quemada despues, pasando á cuchillo á cuantos se hallaban dentro.

Esta noticia alarmó de tal modo á los griegos de todas partes que estaban reunidos en Salamina, que muchos de los gefes estaban para retirarse sin esperar otra resolucion, mientras los demas tuvieron un consejo de guerra, en que se resolvió retirarse al istmo, y esperar allí al enemigo. Al punto que Temistocles se retiraba á su bordo, se encontró con Mnesifilo, oficial ateniense, el cual así que se enteró de la resolucion del consejo, le manifestó con la mayor vehemencia que si se adoptaba semejante determinacion, no habia remedio para la Grecia, porque si se permitia á los aliados el que se retirasen de aquel punto, no se conseguiria volverlos á reunir, dispersándose cada uno á sus puntos respectivos. Este pensamiento pareció tan justo á Temistocles que le hizo volver á avistarse con Euribiades, general espartano que mandaba en gefe, lo cual hizo con tal eficacia, y añadió tales observaciones á las del oficial ateniense, que volvió á reunirse el consejo. Entonces pues, instó á los gefes á que se quedasen, tanto por la ventaja que les ofrecia el estrecho de Salamina, menor de lo que necesitaban los enemigos para manejar su flota con presteza; quanto porque por este medio conservarian Megara, Salamina, y Egina con las familias atenienses refugiadas en dichos puntos. Pero viendo que se hallaban renitentes en seguir tan saludable parecer, espuso que si los sentimientos y los intereses de los atenienses merecian tan poca consideracion, despues de quanto habian hecho,

se verían precisados á abandonar la confederacion, y que llevando á sus familias en su bordo, marcharian en busca de nuevo establecimiento. Esta amenaza hizo el efecto que era de esperar y se resolvió permanecer en dicho punto; pero al acercarse el enemigo, los espartanos manifestaron la mayor ansia por marchar á atender á la defensa de su propio territorio, por lo que Temistocles con el objeto de prevenir las desgracias que preveia, y en parte tambien con el doble objeto, propio de su carácter, de asegurarse, en caso de una derrota, cierta consideracion con el conquistador, mandó un aviso á los enemigos de la huida que meditaban los griegos, aconsejándoles que ocupasen los dos extremos del estrecho situado entre Salamina y la tierra firme.

Aristides era un personaje ateniense de singular fama por su grande integridad. En asuntos de política habia estado siempre en oposicion con Temistocles, por cuya influencia habia sido condenado al ostracismo, especie de destierro temporal, cuya palabra significa *eoncha*, en la cual se escribían los votos: pero semejante pena no suponía delito, ni ocasionaba infamia, pues era solamente como una medida de precaucion para mantener el gobierno democrático contra la excesiva influencia ó popularidad de toda ciudadano, de cualquier modo que las hubiese adquirido. El solo motivo que podia haber ofrecido Aristides para hacerse temer ó considerarse peligroso, era la universal reverencia que inspiraban sus virtudes: pero á pesar de esto, estas mismas fueron las que le ocasionaron el destierro, ecsigido de un pueblo tan celoso como el ateniense por su intrigante y poco escrupuloso adversario. Se encontraba en Egina cuando supo que los persas iban á tomar las salidas del estrecho, por lo que, se puso al momento en marcha para Salamina, y llamando á Temistocles que se hallaba á la sazón en el consejo, en donde se ventilaba todavia la determinacion de abandonar el punto, le participó lo ocurrido. Muchos de los gefes no querían dar crédito á semejante noticia hasta que fué confirmada por un barco de Tenos que se habia desertado del enemigo, y siendo imposible evadirse, se dispusieron todos al combate. Temistocles habia instruido á su division y habia mejorado su táctica. Cada trireme estaba armado de un fuerte garfio que salía de la proa, y su principal efecto era herir sobre uno de los costados del barco enemigo, haciendo que quedase desnivelado su movimiento por los remos que le inutilizaba. Lo mas comun era aferrarse los barcos y verificar el abordage, de modo que la accion debia haberse terminado por las tropas embarcadas; pero Temistocles enseñó á los atenienses á saberse prevaler de la ligereza de sus barcos, y para aligerarlos mas, despidió parte de la dotacion de tropa que les correspondia. Por la mañana se adelantaron los persas contando con sus superiores fuerzas, no sintiendo otro anelo que el de evitar que les escapase el enemigo: sus velas pasaban de mil, mien-

tras que las de los griegos solo llegaban á 378, de las cuales las 180 eran atenienses. Todo el ejército persa con Xerxes á la cabeza estaba estendido en la costa para presenciarse el combate. La accion se principió con la llegada de un buque de Egina, á quien perseguian los persas. Los griegos se adelantaron para defenderlo, pero al llegar frente por frente se esperimentaron ciertos movimientos de temor á presencia de tanta multitud de naves enemigas, que la mayor parte de los capitanes empezaron á retroceder, escepto Aminias, capitán ateniense, hermano de Esquilo el poeta, que tambien se distinguió en esta jornada, el cual se adelantó empujando y aferrando un buque fenicio, y entonces los demas se adelantaron para ir en su auxilio y se dió principio al combate, empezando los atenienses á obrar, segun dicen sus historiadores. Los de Egina disputaron despues la gloria de haber dado principio al combate, pretension no del todo inverosimil ni indiferente á la reclamacion de los atenienses, si suponemos que la galera de Egina, cuando apretada por los enemigos, pudo la primera volver contra los mismos que la perseguian al salir los atenienses á socorrerla. Ambos casos fueron largamente contendidos por los griegos, y los de Egina añadian una maravilla á su decision, pues decian que en el mas crítico momento de indecision, se les apareció una figura de muger en el aire, y que se oyó una voz, la que percibieron todos, que les gritó „¡Hasta quando huiréis en oprobio vuestro!” El ataque de los griegos fué duro y ordenado, á pesar de su indecision, mientras que en la armada persa la presuncion habia engendrado el descuido, y este la confusion. Asi es, que á pesar de la enorme disparidad de fuerzas, los griegos salieron completamente victoriosos, quedando derrotadas las fuerzas enemigas. En esta jornada los de Egina fueron considerados como dignos del primer premio, y los atenienses del segundo (A. J. C. 480.)

La destruccion de la armada llenó á Xerxes de pavor y desaliento, lo que le ocasionó el mas vehemente anhelo de ponerse en salvo, abandonando una guerra que empezaba á hacerse ardua y peligrosa. Mardonio conoció que oiria con gusto cualquiera proposicion que le facilitase su retirada. Sabia ademas que sin armada, la guerra se haria interminable, en cuyo caso, tan numeroso ejército, no seria mas que un embarazo por la dificultad que habria en mantenerlo: por otra parte, su ambicion lo alagaba con la idea de poderse llamar algun dia conquistador de la Grecia; mientras temia ademas que si se volvía con el rey, se podría ver sujeto á los cargos por el mal suceso de la expedicion que el mismo habia aconsejado: asi pues, propuso á Xerxes el que regresase á Asia con el cuerpo de ejército, dejándole 300000 hombres de las mejores tropas para completar la conquista. Xerxes accedió, y habiéndose retirado el ejército á la Beocia, Mardonio hizo su eleccion, y acompañando despues al rey hasta Tesalia, se despidió de él, quedándose á invernar en dicha provincia y en la de Macedonia.

El resto de la flota persa fué perseguido hasta la isla de Andros, en el mar Egeo, y Temistocles propuso continuar yéndoles al alcance hasta el Helesponto, y cortar el puente; pero Euribiades se le opuso, manifestando que era peligroso escasperar al enemigo que acaso podría tentar nuevo combate y salir vencedor; por lo que Temistocles persuadió á los atenienses que habian sido los que mas decididamente estaban por perseguir á los fugitivos, que era necesario desistir de su deseo, y sacando partido de esta contingencia para asegurarse un refugio en Persia, en caso de destierro, envió un confidente al rey, informándole del plan que se habia formado, y que solo él por la amistad que le profesaba habia conseguido revocar. La flota griega entonces se dirigió á las islas que se habian confederado con el invasor, para hacerles pagar crecidas contribuciones, abusando Temistocles del poder que le daba su mucha fuerza naval, y la admiracion que se habia conciliado por su pericia y servicios, pues escigió grandes cantidades de muchas de las islas espresadas, como precio de su mediacion para detener la venganza de los confederados. La flota de los persas, á quienes quedaban todavia 300 velas con las de los jonios, se estacionó en Samos para impedir la sublevacion de la Jonia. Los griegos se volvieron á Egina, en donde habiendo recibido embajadores que solicitaban su asistencia para libertar á la Jonia, salieron al punto, aunque no pasaron de Delos, temiendo acercarse mas á los confines del Asia, pues entendieron que los persas debian hacerlo hácia el interior de Grecia.

Cuando Mardonio se separó del rey, dió el mando de 60000 hombres á Artabazo, para proteger la retirada; el cual habiendo acompañado al rey hasta el Helesponto, regresó y emprendió la rendicion de Palena, península en la costa de Macedonia, que se habia sublevado al saber la derrota de Salamina y la retirada de Xerxes. Como el mar se habia retirado y habia dejado en seco un trecho considerable, se determinó á pasar por él, pero este creció de repente y ocasionó la pérdida de mucha parte de sus tropas, por lo que se vió obligado á continuar su marcha con el resto del ejército hácia Tesalia, en donde se hallaba Mardonio.

En la primavera, la primera tentativa de Mardonio fué ver como podria separar á los atenienses de la confederacion, de la cual eran el alma por su vigor y espíritu patriótico. Imaginó que si podia atraerlos á su partido, los persas recobrarian desde luego el imperio de los mares, con lo que pudiendo atacar separadamente por mar á cada ciudad, no seria fácil que se les pudiese reunir ninguna fuerza capaz de resistirles. Asi pues, confirió el cargo de embajador á Alejandro, rey de Macedonia que estaba en relaciones íntimas con los atenienses, y le dió plenos poderes para que les ofreciese la independencia y la amistad del rey, con la circunstancia de volver á edificar sus templos, la restauracion de su territorio y la adiccion de

cualquier otro que desearan obtener. El poder de la Persia, las recientes desgracias de Atenas, la probabilidad de que en cualquier otra invasion serian los primeros contra quienes se dirigiria el rigor de la guerra, la propia esperiencia de lo poco que podian contar con los aliados del Peloponeso, por su propia timidez, eran todas consideraciones que probablemente deberian inclinar el ánimo de los atenienses á aceptar tan ventajosas proposiciones. Los lacedemonios se alarmaron al momento que llegaron á entender el contenido de este mensaje; por lo que enviaron sus embajadores á Atenas, recordándoles que ellos eran la principal causa de la guerra, escortándoles á ser fieles á la libertad de la Grecia, y ofreciéndoles en consideracion á la destruccion que habia sufrido su territorio, mantener en el Peloponeso durante la guerra, á sus familias y aun á los esclavos que no fuesen útiles para la guerra. La contestacion que los atenienses dieron á Alejandro fué una firme pero moderada recusacion, y á los lacedemonios una declaracion de que estaban resueltos á continuar la guerra, y esto á gastos y espensas propias, sin ser onerosos á ningun pueblo, y al fin suplicaron á los mismos que se dispusiesen para marchar á la Beocia, para impedir que Atenas no fuese de nuevo presa del invasor.

Mardonio luego que oyó la contestacion de los atenienses se encaminó en derechura á Atenas. Los atenienses se mantuvieron en la ciudad mientras tuvieron esperanza de que podrian llegar los aliados, pero así que Mardonio hubo llegado á Beocia, viendo que los socorros que esperaban estaban todavia demasiado lejos, se encaminaron á Salamina, dejando desierta la ciudad, que ocupó al punto Mardonio, enviándoles otro mensaje con las mismas proposiciones anteriores. A pesar de cuan ingratamente eran atendidos los servicios de los atenienses, estos fueron, sin embargo los mas fieles á la causa de la Grecia. La única persona que se aventuró á admitir las proposiciones de los persas fué el consejero Licidas, y es doloroso espresar que raras veces es posible escitar á todo un pueblo á los hechos de un heroico sacrificio por la patria; que por el contrario, ahora sin ninguna sugestion violenta para despertar su licencia, indignado á la sola sospecha de traicion, sin escuchar la voz de la humanidad ó á lo menos la de la justicia, la frenética multitud apedreó á Licidas y le dió la muerte; y las mugeres en toda su muchedumbre, sin ser llamadas, asaltaron la casa del desgraciado, é hicieron lo mismo con su muger y sus hijos. Sin embargo se respetó el derecho de gentes en esta ocasion, pues el enviado fué despedido sin daño alguno. En seguida enviaron sus diputados á Esparta para quejarse de su omision en mandarles el socorro debido, recordándoles las ofertas de Mardonio, y amenazándoles de que si no trataban de asistirlos, procurarian atender á su salud por sí solos. Los lacedemonios se hallaban celebrando las fiestas de Baco, una de sus mas grandes festividades.

anuales, y al mismo tiempo estaban acabando la fortificación del istmo. Los embajadores dieron sus quejas á los eforos, pero la contestación se difería de un dia para otro. „No sé, dice Herodoto, porque razon se hallaron tan ansiosos los lacedemonios á fin de que los atenienses no escuchasen las ofertas de los medas, cuando Alejandro llegó á Atenas, y ahora no hacian de esta el menor caso: quizás porque ahora tenian fortificado el istmo, y se creian no necesitar el auxilio de los ateniense, en lugar que cuando Alejandro fué á la Atica, sus murallas no estaban concluidas, y tenian el mayor temor de la aprocsimacion de los persas.” Al décimo dia, en fin, se hizo entender á los eforos que toda su fortificación seria inútil para la defensa del Peloponeso, si el enemigo conseguia la flota ateniense, con lo que nadie se le podria oponer á que trasportase su ejército. El pensamiento llenó de terror á los eforos, y el temor hizo lo que no pudieron la justicia y el honor: aquella misma noche fueron despachados 5000 espartanos, y cuando por la mañana siguiente, los embajadores fueron á renovar sus amargas quejas, se les dijo que el socorro estaba ya en marcha.

Informado Mardonio por los argivos que secretamente estaban en sus intereses, que los lacedemonios se habian puesto en movimiento, retiró su ejército á Beocia con el intento de no comprometer el combate cerca de Tebas, sino en pais mas llano, en donde pudiese hacer uso de su caballeria. Antes de salir de Atenas hizo quemar y demoler lo que quedaba de la ciudad: los atenienses volvieron á pasar el mar desde Salamina, y habiéndose reunido con el ejército confederado en Eleusis, se adelantaron juntos hasta Eretria en las fronteras de la Beocia, tomando posicion al pie del monte Citeron. Las tropas pesadas del ejército griego ascendian á 38000 hombres, de los cuales los 10000 eran lacedemonios, y de estos, los 5000 eran de Esparta, los cuales llevaban siete criados helotas cada uno, armados á la ligera. Los demas individuos del ejército no llevaban mas que un criado, cada uno armado tambien á la ligera. Ademas de dicho número habia 1800 tespios armados á la ligera, último residuo de aquel pequeño estado, pues toda su infanteria pesada habia perecido en Termopilas, y los que quedaban eran ciudadanos pobres que no podian sufragarse el gasto de equipo y armamento, ni manutencion en la guerra. El número total pues del ejército era como de unos 110000 hombres, mandado por Pausanias, general espartano, que era primo y tutor de Pleistarco, rey presuntivo y de menor edad, hijo de Leonidas. La fuerza de los atenienses en número de 8000 hombres estaba mandada por Aristides. El ejército de Mardonio se componia de 300000 hombres con cerca de 50000 griegos auxiliares.

El primer ataque lo dió la caballeria persa que recorria el campo en pequeños escuadrones, disparando sus saetas, y retirándose incomodando á los griegos impunemente. Los megarenses que se ha-

Habían situados en lo más espuesto de la línea, mandaron á Pausanias diciendo que no podían guardar por más tiempo la formación, sino se les reforzaba; por lo que el general mandó allá 300 atenienses voluntarios con el espresado objeto, los cuales se llevaron algunos flecheros, servicio que los atenienses hacían con una destreza y fruto poco comunes; así es que á poco de su llegada al punto, fué herido el caballo de Masistio, general de la caballería persa, quedando desmontado y muerto, á vista de lo cual toda la caballería enemiga se echó sobre los atenienses, que empezaron á retirar hasta que todo el ejército encaminándose á socorrerlos llegó oportunamente y la rechazó con terrible carnicería. El ejército griego se alentó sobre manera con el feliz suceso de esta acción, pero siendo poco favorable la posición que tenía por falta de agua, resolvió entrar en el territorio de Platea. Al llegar al campo, se sucitó una controversia entre los de Tegea sobre cual de las dos divisiones había de ocupar el puesto de honor que era el de la izquierda de la línea; pero los gefes atenienses evitaron el que se llegase á un mal extremo con su laudable moderación, y sin abandonar su derecho declararon que tomarían el sitio que les señalasen los lacedemonios: estos decidieron en su favor é hicieron pasar á los otros al ala opuesta, al lado de ellos mismos.

Mardonio, siguiendo el consejo de los tebanos, formó su ejército en frente del de los confederados, colocando á los persas en frente de los lacedemonios y de los de Tegea: á los beocios y demas griegos que estaban á su servicio en frente de los atenienses, y á los medas y restos de asiáticos del centro de los griegos. Los arspices ó adivinos de cada ejército predecían la victoria al que recibiese el ataque, complaciendo probablemente la política de los gefes; pues cada ejército quería sacar ventaja de la posición que mantenía. Diez días se pasaron en inacción, escepto que la caballería persa salía á menudo á incomodar el campo griego y á interceptarle sus convoyes, hasta que al cabo impaciente Mardonio, convocó el consejo de guerra, y se resolvió, contra el parecer de Artabazo, á librar el ataque al día siguiente. Por la noche Alejandro de Macedonia salió á caballo solo y secretamente, se llegó al campamento ateniense, y dió noticia á sus gefes de la resolución que se había tomado en el campo persa.

Informado Pausanias de lo ocurrido por los atenienses, propuso cambiar el orden de batalla, disponiendo que los atenienses quedasen enfrente de los persas, de cuyo modo de pelear solo ellos estaban enterados, y en su lugar se colocaron los lacedemonios para hacer frente á los beocios y demas griegos al servicio persa. Al romper el día, el campo griego empezó á practicar lo dispuesto, lo que visto por Mardonio, dió orden en su campo para hacer igual mudanza en sus tropas, por lo que desistieron los lacedemonios de variar el orden pri-

mitivo, viendo que el enemigo habia adivinado su intento. Mardonio envió un parlamento reprochándoles su temor y al punto dió principio á la accion con su caballeria que molestaba duramente á los griegos, y llenaron de lodo y arena el manantial de donde estos se provechian de agua. Los griegos vieron entonces cuanto iban á sufrir no solo por los ataques de la caballeria, sino tambien por la falta de agua y provisiones, por quedar interceptados los comboyes; por lo que resolvieron esperar la noche para retirarse mas cerca de Platea, que abundaba en agua y cuyo terreno era menos favorable á la caballeria: en consecuencia, el ejército se puso en movimiento al caer la noche, pero las tropas del centro se hallaban tan desalentadas por lo que habian sufrido de los ataques de la caballeria enemiga, que en lugar de dirigirse á la posicion que les estaba demarcada, se metieron en Platea. Quedaron pues los 10000 lacedemonios y los 1500 de Tegea que guarnecian el ala derecha, y los 8000 atenienses que componian la izquierda con los 600 de Platea que eran los mismos que los acompañaban, y que habian llevado su celo á tal punto, que aunque era pueblo no marítimo, ayudó á equipar y tripular á la escuadra ateniense en Artemisa. Incluyendo los armados á la ligera, el número de griegos que guardó el campo fué de 80000 hombres, 53 mil lacedemonios y de Tegea, y 17000 atenienses y de Platea. La marcha de los primeros fué retardada por la obstinacion de Amonfareto, gefe espartano, que tomando el movimiento por una vergonzosa huida, se reusó mucho tiempo á seguir. El dia empezaba ya á clarear, y los lacedemonios para preservarse de la caballeria, seguian las laderas del Citeron. Los atenienses que ya estaban en camino y esperaban la reunion de aquellos, se habian dirigido por la llanura. Mardonio viendo lo que se creia huida de los griegos, se llenó de gozo, y despachó inmediatamente á los persas en su alcance, siguiendo los demas asiáticos en desorden creyéndose ya vencedores. Los lacedemonios viendo venir la caballeria, mandaron por el auxilio de los atenienses, encargiéndoles que si no podian reunirseles, les enviasen á lo menos los flecheros; pero mientras los atenienses se disponian á hacer lo que se les pedia, se vieron atacados por los griegos que se hallaban al servicio persa.

La batalla estaba ya trabada por entrambas partes. Los persas peleaban con el mayor esfuerzo, pero ni su valor ni su esceseivo número pudo compensar su inferioridad en armas y en disciplina, por lo que fueron al fin desbaratados con estraordinaria carniceria, en la que fué muerto el mismo Mardonio. Las demas tropas asiáticas emprendieron la fuga luego que vieron la derrota de los persas. Muchas de las tropas griegas al servicio enemigo que atacaban á los atenienses, se hallaban remisas en verificar los ataques, como que hacian un servicio verdaderamente forzado, pero los beocios que formaban el cuerpo principal estaban celosos del buen écsito de Mar-

donio, y pelearon con el mayor calor, de modo que costó mucho á los atenienses el poderlos derrotar; pero al fin cedieron y se encaminaron á guarecerse á Tebas, y los asiáticos á su campo atrincherado, cuya fuga fué protegida por la caballeria asi asiática como beocia. Luego que las tropas del centro del ejército griego que se habian refugiado en Platea, supieron que sus amigos habian salido victoriosos, salieron apresurados y en desorden, corriendo por el campo; lo cual visto por una division de caballeria tebana, les dió una carga, con la que fueron desbaratados, perdiendo un considerable número de gente.

Los fugitivos del ejército enemigo, que se refugiaron á su campo, tuvieron lugar de cerrar las entradas y guarnecerlas para resistir á los ataques de los lacedemonios y tegeos, los cuales poco diestros en el asalto de fortificaciones, dieron lugar á que los de dentro del campo se defendiesen con acierto, hasta que llegaron los atenienses, que prácticos en el modo de dirigir semejantes ataques, se abrieron al punto paso; y como el ánimo de los griegos se hallaba irritado hasta lo sumo por los grandes infortunios que habian sufrido, y por el peligro que les habia amenazado; no dieron cuartel á nadie. De los 300000 hombres, con que se quedó Mardonio, Artabazo pudo salvar solo 40000 que se llevó consigo luego que vió la derrota de los persas, pero de los demas no llegaron á 3000 los que sobrevivieron á la batalla y consiguiente carniceria. El ánimo se estremece con tan lamentable destruccion, aun en medio de la satisfaccion que causa el contemplar la independenciam conseguida á tan duras penas por un pueblo heroico, que luchaba justamente contra la mas inicua agresion. Seria digno de desear que cuando una nacion ultrajada se halla en el momento de la venganza, recordase la compasion, y considerase cuan inutil es la sangre que se derrama, pero aunque tanta magnanimidad puede inspirarse por la razon y por los sentimientos religiosos, á un individuo solo, no puede esperarse de un cuerpo de hombres engreidos con la victoria, y ardiendo con toda la fiera de la pasion engendrada necesariamente en las sangrientas refriegas, por justas que sean, en que tan eminente es el peligro de la vida. Pocas victorias podrán contarse esentas de la mancha de inutil carniceria, aun en aquellas en que no toman parte sino los que llevan las armas por profesion, y sin que les acompañe el rencor determinado contra un individuo particular. Los atenienses vieron arder sus casas y miraron á sus familias repentinamente espatriadas en presa á todos los infortunios subsiguientes, viendo correr la sangre del infeliz que no apresuraba sus pasos en tan funesta emigracion: los otros griegos, sino sufrieron tantas calamidades, corrian el mas eminente peligro de sufrirlas á su vez por un enemigo encarnizado, cuya conducta en la guerra era no perdonar; asi no fué extraño ni tan digno de reprehension como en otros casos el que los per-

sas hallasen una venganza que ellos mismos habian provocado con sus excesivas crueldades.

Artabazo llegó á Bizancio con seguridad, desde donde se dirigió á Asia, pero con bastante pérdida, así por las cargas que le daban los tracios, como por el cansancio y por el hambre. En el entretanto, el ejército griego marchó contra Tebas y obligó á sus habitantes á entregar á los autores de su defeccion por la causa comun, los cuales fueron remitidos á Corinto, y allí ajusticiados.

El mismo dia que se verificó la batalla de Platea se dió otra importante en Asia. Los Samios habian enviado sus mensajeros secretamente á la escuadra griega que se hallaba en Delos, para que pasase á la Jonia, asegurando á sus gefes que las fuerzas de los persas eran inferiores, y que los jonios estaban dispuestos á sublevarse. Los griegos se pusieron pues en marcha, y conociéndose los persas poco capaces de resistirles, despidieron á los buques fenicios, y llevando los otros al promontorio de Micala, cerca de Mileto, en donde se hallaba campado su ejército, los sacaron en seco, cosa bastante fácil atendiendo á que los barcos antiguos no eran enormes, y los circubalaron con parapetos. El gefe de los griegos era Leotyquidas, personage de una de las familias reales de Esparta. A su llegada renovó con doble intento la estratagema de Temistocles en Artemisia. Caminando por todo lo largo de la costa, mandó esparcir proclamas á los jonios y hacerlas publicar por sus heraldos, recordándoles que los griegos se hallaban comprometidos en aquella guerra por su libertad. Los persas no miraban á los samios con entera confianza, porque habian rescatado á algunos prisioneros atenienses, cuyo recelo habiéndose acrecentado á causa de las proclamas espresadas, los desarmaron y enviaron á los milesios á guardar los pasos, so pretexto de quererse aprovechar de su conocimiento en el terreno, pero con el verdadero fin de alejarlos del campo. Los atenienses adelantándose por lo largo de la costa, empezaron la accion seguidos de los corintios y de los de Trecena y Siciona. Despues de un obstinado combate, hicieron huir al enemigo á su campo, á donde lo persiguieron forzando las entradas, en vista de lo cual la masa del ejército se puso en fuga, haciendo toda la resistencia los persas solos. Hasta entonces no pudieron llegar los lacedemonios por causa del mal terreno. Los samios, aunque desarmados, viendo que la victoria se declaraba por los griegos, hicieron cuanto pudieron en su favor, cuyo ejemplo siguieron los demas jonios, pasándose á los referidos. Los milesios que habian sido enviados á guarnecer los pasos, retrocedieron y cargaron á los fugitivos haciendo de ellos la mayor carniceria, con lo que toda la Jonia se sublevó sacudiendo el yugo persa. La flota griega se dirigió á Samos, en donde se tuvo un consejo acerca el destino de aquel pais, que no podia preservarse por sí solo, y cuya defensa era un enorme peso para los griegos. Los lacedemonios

propusieron llevarse á los habitantes y establecerlos en los dominios de los que habian seguido el partido del invasor, pero los atenienses repugnaron en que se verificase la desolacion de la Jonia, celosos de que nadie interviniese en sus colonias; y cuando instaron para que estos fuesen admitidos en la confederacion, los lacedemonios no opusieron el mayor obstáculo, por lo que, los de Samos, de Scio y otros isleños que se habian reunido á la armada, fueron admitidos.

La flota en seguida se dirigió al Helesponto para destruir el puente, pero lo encontraron ya roto, por lo que Leotyquidas con los demas buques del Peloponeso se retiró, y los atenienses se quedaron á formar el sitio de Sestos, en donde se habian reunido los persas de todas las ciudades del Quersoneso. El sitio se continuó hasta que los persas llegaron al último término por el hambre, por lo que, emprendieron la fuga de noche, en la cual muchos fueron muertos ó hechos prisioneros. Los atenienses habiendo limpiado el Quersoneso de enemigos, se volvieron á Atica.

Inmediatamente despues de la batalla de Platea el pueblo de Atenas empezó á reunir sus familias y á reedificar la ciudad y sus murallas. Los celos que escitaron á Esparta el poder y el espíritu público que los atenienses habian desplegado, eran mucho mayores que los sentimientos de gratitud que debian haberles inspirado sus grandes hechos y sus largos padecimientos por la causa comun: así fué que los espartanos enviaron al momento una embajada á Atenas, pidiendo no solo que cesasen de fortificar la ciudad, sino que demoliciesen todas las murallas de las demas ciudades que estaban fuera del Peloponeso; á fin de que si se verificaba otra invasion, el enemigo no tuviese plaza fuerte en donde sentar sus reales, como habia hecho en esta en Tebas. No se ocultaba á la prevision de los atenienses que si condecian con lo que se les escigia, quedaban sujetos para siempre á los lacedemonios, pero que al mismo tiempo era peligroso contestar con una denegacion absoluta, puesto que atendiendo á la pasada conducta de aquellos, habia poco que fiar en que la gratitud sofocase jamas lo que les sugerian los celos y la ambicion; por otra parte era en vano esperar que la fuerza militar de Atenas, siempre inferior á la de los lacedemonios, y en aquella sazón considerablemente disminuida por el grande número de habitantes ausentes y empleados en la flota, pudiese hacer frente á semejante enemigo sin auxilio de sus murallas. En este apuro Temistocles aconsejó á los vecinos que lo primero que debia hacerse era despachar á los embajadores y redoblar en seguida todos sus esfuerzos para levantar sus murallas con la mayor celeridad, empleando en este trabajo á hombres, mugeres y niños, y que se diputase una embajada para ir á responder á los lacedemonios, en la que el mismo fuese nombrado, y que en este caso se pondria inmediatamente en marcha, quedándose sus colegas de embajada hasta que las mu-

rallas llegasen á suficiente altura para servir á su defensa. En consecuencia pues habiendo sido admitido su plan, marchó al punto á Esparta, en donde procuró diferir la audiencia, alegando que aguardaba á sus colegas que debian llegar de un momento á otro, maravillándose de su retardo: pero cuando llegaron algunas noticias de que las murallas de Atenas iban adelante, se disculpó con los magistrados suplicándoles que no diesen crédito á rumores vagos, sino que mandasen personas idoneas para informarse de la verdad: los magistrados lo hicieron efectivamente, y al propio tiempo Temistocles escribió secretamente á los atenienses que detuviesen á los enviados, pero con la menor violencia posible, hasta que él y sus colegas estuviesen de vuelta. A poco tiempo recibió Temistocles aviso de que las murallas se hallaban á la altura necesaria, y entonces declaró á los lacedemonios que Atenas se encontraba suficientemente fortificada, y que de aquel dia en adelante, si los lacedemonios ó sus aliados tenian algo que proponer, deberian hacerlo, teniendo en consideracion que se dirigian á un estado que sabia pesar los intereses del bien comun y los suyos propios; que cuando fué tenido por indispensable abandonar su ciudad, los atenienses lo habian verificado sin esperar la sugestion de nadie: que en las deliberaciones de la confederacion habian manifestado tanta justicia y rectitud como el que mas; que actualmente tenian por lo mas acertado, tanto para el bien comun, como para el propio, el que su ciudad fuese fortificada, puesto que quedaria inefectiva la igualdad y la libertad con que se debia proceder en los altercados acerca los asuntos de la confederacion, si se les privaba de los medios de mantenerse á un igual nivel de defensa que les afianzase hasta cierto grado su independenciam y seguridad. Los lacedemonios se sintieron secretamente mortificados al ver fallidos sus planes, y mucho mas por lo manifiesta que se hacia la fealdad de su inútil tentativa; por lo que disimularon su descontento, y los embajadores de ambos estados se retiraron sin mas altercados.

Al año siguiente Pausanias habiendo sido nombrado gefe de la flota confederada, redujo á la mayor parte de la isla de Chipre, y encaminándose al Bosforo, sitió y tomó Bizancio que estaba en poder de los persas: pero su espíritu estaba embriagado con la gloria y el poder, y aspiraba al dominio de la Grecia, aunque fuese bajo la proteccion de la corte de Persia. Favoreció la fuga de los prisioneros de Bizancio con los que escribió á Xerxes, pidiéndole á su hija en matrimonio, y prometiéndole sujetar á la Grecia. Habiendo recibido contestacion favorable, su orgullo se levantó de punto, conduciéndolo á obrar con tan inicua arrogancia como absurda política. Se vistió al uso de los medas tomando todos sus portes y costumbres, y se creó una guardia de egipcios y medas, tratando á los aliados con una altaneriam y severidad estravagante, en tanto que los jo-

nios, que siempre habian preferido estar bajo las órdenes de los atenienses sus allegados y activos libertadores, en aquella sazón les instaban á que tomasen el mando, aunque fuese á despecho del mismo Pausanias. En tal crisis fué este llamado á Esparta para que se defendiese del cargo de traicion, y en el mismo momento toda la flota, escepto la del Peloponeso, se puso á las órdenes de la ateniense. En reemplazo de Pausanias fué nombrado Dorcis, á quien los aliados no quisieron recibir por gefe, por lo que se retiró con su escuadra: los lacedemonios consintieron fácilmente en la resolucion tomada, asi por lo tediosa que se hacia la guerra, como por el temor de que sus gefes no se dejasen corromper como Pausanias, olvidados de las leyes, y tambien para dejar á los atenienses la alternativa en el mando, con quienes se hallaban en la mayor harmonia. El principio del ascendiente de Atenas tuvo lugar en el año A. J. C. 477.

Pausanias habiendo sido absuelto, aunque no repuesto en su destino, salió sin mando alguno, suponiendo que deseaba presenciar las escenas de la guerra, pero con el verdadero intento de llevar adelante sus convenios con la Persia. Pero habiendo los éforos adquirido nuevas informaciones, lo volvieron á llamar, á lo que no quiso substraerse, contando con sus riquezas y amigos. Los datos eran sumamente convincentes, pero no habia ninguna prueba legal para poderlo condenar, siendo un personage, dice el historiador, de primer rango y de la alta nobleza de Esparta, dando á entender que si hubiese sido un sugeto de baja esfera, habrian bastado menores pruebas: pero al fin se obtuvieron estas en su mayor latitud. Uno de sus esclavos encargado de llevar una carta á Persia, habiendo observado que ninguno de los enviados precedentes regresaba, entró en sospecha, y habiendo abierto la carta, encontró que en ella se ordenaba su muerte, por lo que inmediatamente la presentó á los éforos, los cuales no satisfechos con tal prueba, combinaron un plan con el esclavo, por el cual oyeron por sí mismos la confirmacion de la traicion de la misma boca de Pausanias. Asi pues, inmediatamente resolvieron arrestarlo, pero habiendo sido advertido á tiempo, tomó refugio en un edificio que pertenecia al templo de Minerva. La santidad del lugar no les permitia forzarlo á salir, ni darle la muerte en él, por lo que aparedaron las salidas y lo dejaron perecer de hambre, y con todo aun no creyeron que con esta resolucion habian quedado libres de delito ó sacrilegio.

Los lacedemonios enviaron diputados á Atenas declarando que Temistocles se hallaba complicado en la causa de Pausanias, lo que no parece muy probable, aunque no sea del todo increíble, si recordamos su carácter intrigante, siendo posible que hubiese contemporizado con los designios de Pausanias con el objeto de hacer su negocio, y no con tanta reserva que no hubiese dado lugar á la sospecha. En aquella sazón se encontraba desterrado por el ostracismo y perma-

necia en Argos, á donde se dirigieron los comisionados atenienses y lacedemonios para arrestarlo, pero se escapó luego que supo que venian con este objeto, y pasó á Corcira, desde donde fué trasportado al otro continente, pues los de aquel pais, si le tenian cierto grado de afeccion, no querian comprometerse protegiéndolo abiertamente; pero en cuantas partes buscó refugio en otras tantas fué seguido por los enviados para arrestarlo, de modo que se vió obligado á entregarse á la generosidad de uno de sus enemigos, Admeto, rey de los molosos. Este se hallaba ausente, y Temistocles se dirigió á la reina, la que le enseñó como habia de hacer su súplica al rey, que era sentado en el hogar y teniendo al hijo de aquel en los brazos: en efecto luego que llegó el rey, le declaró quien era, y le hizo su peticion suplicándole que si algo habia hablado en la asamblea de los atenienses contra sus intereses, no le hiciese ningun cargo en su actual situacion de desterrado „porque,” añadió, „su estado lo ponía ahora á la merced de cualquiera, privado de todo apoyo, pero que un noble y generoso pecho como el suyo, solo emplearia su venganza con sus iguales, sin dejarse llevar de un resentimiento particular.” El rey se sintió enternecido y lo recibió con afectuosidad, y cuandos los enviados de Atenas y Lacedemonia se lo requirieron, se negó á entregarlo, bien que no quiso atreverse á conservarlo á su lado. Temistocles deseaba pasar á Asia, y Admeto lo hizo conducir á Pydna, puerto de Macedonia, y lo embarcó en un buque mercante que iba á salir para Jonia. Puestos en camino fueron arrojados por los vientos á la isla de Naxos, en donde una flotilla ateniense estaba bloqueando la ciudad (A. J. C. 466.) En tan inopinado contratiempo llamó al capitan del barco en que iba, le declaró quien era, y le dijo que era imposible arribar á Naxos, y le amenazó de que si era apresado, declararia á los atenienses que lo habia tomado en su bordo enterado del riesgo que corria y por el solo interes. Que el mejor medio era que nadie saltase en tierra, y que si lo complacia, lo remuneraria con largueza. Convenido el capitan, el buque se mantuvo bordeando en alta mar por espacio de un dia y una noche, que duró el mal tiempo, y asi que lo tuvieron menos contrario se encaminaron á Efeso. A su llegada en Asia, Temistocles escribió una carta al rey que era entonces Artaxerxes, hijo y sucesor de Xerxes, empezando de este modo „Yo, Temistocles, que he hecho mas daño á tu casa que todos los griegos juntos, cuando por mi deber tuve que repeler la invasion de tu padre, pero que le hice mayor beneficio cuando me hallaba en libertad, y su regreso se miraba en el mayor peligro, me encamino á tu presencia.” Seguía despues mencionándole el aviso que le dió antes de la batalla de Salamina de la huida meditada por los griegos, el proyecto de romper el puente, que oportunamente habia podido estorvar, y concluyó diciendo que estaba dispuesto á hacerle los mas grandes servicios, hallándose desterrado

de su patria por la amistad que habia profesado siempre á su casa, y que pasado un año esplicaria el objeto de su venida. El rey lo recibió favorablemente, y habiendo empleado un año en instruirse en la lengua y costumbres de los persas, marchó á Susa, en donde fué colmado de todo el favor real, tanto por su reputacion y talento, como por la promesa que habia hecho de reducir á la Grecia al dominio persa. Para su manutencion se le destinaron las rentas de tres ciudades, viviendo en la mayor esplendidez hasta que enfermó y murió, segun algunos, y segun otros, habiéndose envenenado, cuando Artaxerxes estaba preparando una nueva invasion contra la Grecia, ya sea por la evidente imposibilidad de cumplir su palabra, ya por aversion que tuviese á cooperar á la esclavitud de su patria, y que él mismo habia salvado. Se dice que mandó que sus despojos fuesen enterrados secretamente en Atica, pues las leyes prohibian el dar tierra al cadaver de ningun desterrado por traicion. Dejó una reputacion no rivalizada por lo que hace á las dotes que lo adornaron; pronto, decidido, exacto en sus cálculos, fertil en recursos, sagaz en sus conjeturas, con una singular prevision de los buenos ó malos resultados de cualquier empresa, y una elocuencia persuasiva para hacer prevalecer sus opiniones. Si á tantos recursos hubiese añadido una limpia integridad, y se hubiese desprendido de su natural doblez de intencion, su fama habria sido mucho mas envidiable y sus últimos dias mas felices. Es verdad que su doble política le sirvió para procurarle tan esplendido asilo en Asia; pero si su conducta hubiese sido mas recta y virtuosa, no habria sufrido el destierro en que acabó. En todo cuanto hizo por el bien de su patria, nunca perdió de vista sacar un partido ventajoso, procurándose cierto favor con el enemigo, para, en caso necesario, correr mejor suerte que su patria. Cualesquiera que sean los servicios de un hombre semejante, no merecerán jamas la menor confianza, y por inocente que hubiese sido acerca la causa de Pausanias, su natural doblez dió lugar á que los cargos que se le hicieron fuesen fácilmente tenidos por ciertos.

Durante el período de la guerra que acabamos de describir, ocurrió otra no menos crítica con los establecimientos griegos de Sicilia. La colonia Fenicia que habia fundado á Cartago en Africa, no menos notable que su madre patria por sus empresas marítimas y comerciales, empezaba á obtener cierto grado de poder militar, al que nunca habia aspirado la misma Fenicia. Este nuevo estado poseia cierta parte de la costa al norte de Sicilia, y viendo que la Grecia no podia proteger á sus establecimientos, por la invasion verificada por los persas en su territorio, creyó ser la sazón mas oportuna aquella para posesionarse del todo. Así pues, tomando pretexto de cierta desavenencia que tenia con Teron, rey de Agrigento, colonia de Gela, y el estado mas poderoso de Sicilia, despues de Siracusa, envió un

poderoso ejército reforzado, según acostumbraban los cartagineses, con tropas mercenarias que se componían de muchas naciones bárbaras, y auxiliados por la escuadra toscana mediante convenio. Gelon salió con la fuerza de Siracusa al socorro de Teron, dejando el mando de su flota á su hermano Hieron, el cual desbarató la escuadra reunida de Cartago y de Toscana, mientras al mismo tiempo el ejército de aquellos fué completamente derrotado en Himera por los ejércitos de Siracusa y Agrigento. Aseguran varios autores que la victoria de Gelon tuvo lugar el mismo día que ocurrió la de Salamina. En muchos años no volvieron los cartagineses á probar la conquista de Sicilia, pero no estamos bastante enterados de la historia de Cartago para esponer las razones de tal suspension por parte de los cartagineses que siempre ambicionaron la posesion de aquella isla. Poco despues de este acontecimiento murió Gelon, cuya virtud y popularidad se hacen visibles con lo ocurrido 130 años despues, cuando fué resuelto sacar todos los bustos de los reyes, y fué esceptuado solamente el suyo. Le sucedió Hieron, príncipe del mayor talento, y notable por la proteccion que dispensó á las letras. En el reinado siguiente, bajo su hermano Trasibulo, que es acusado de crueldad é injusticia, tuvo lugar una guerra civil que concluyó con el establecimiento de la democracia en Siracusa.

## CAPÍTULO QUINTO.

*De la Grecia desde el establecimiento de Atenas en estado preponderante, hasta el principio de la guerra del Peloponeso.*

Siendo los atenienses reconocidos como gefes por los griegos del Asia y de las islas, se dispusieron á organizar en debida forma la confederacion. Aristides fué nombrado por comun consentimiento para hacer el reparto, espresando cuanto debia contribuir cada ciudad en buques y en metálico para continuar la guerra; lo que ejecutó con la mas grande imparcialidad y de modo que nadie disputó la justicia con que hizo sus distribuciones. El total de tributo anual ascendia á 460 talentos (506000 pesos fuertes.) Se nombraron empleados atenienses para la recaudacion, llamados Hellenotamios ó tesoreros de la Grecia. La tesoreria comun fué establecida en la isla de Delos, en donde estaba situada la asamblea de diputados que dirigian las operaciones de la liga. El arreglo definitivo estaba dotado de una equidad y moderacion poco comunes en Grecia, y muy opuestas á la conducta subsiguiente de Atenas, lo que puede atribuirse en parte á que el poder de Atenas no estaba aun del todo consolidado, dependiendo considerablemente de la condescendencia de sus aliados, ó tambien de la sabiduria y virtudes de algunos de los gefes que estaban egerciendo su autoridad, particularmente Aristides.

La guerra fué llevada sucesivamente adelante contra los estados que todavia eran del partido de los persas, bajo la conducta de Cimon, hijo de Milciades: pero los aliados se cansaron de su duracion y muchos continuaron en pagar cierta cantidad de dinero en lugar de suministrar los buques que les estaban señalados: por lo que, los atenienses se vieron obligados á construir y á emplear mayor número de buques, disminuyéndose los de los aliados. Los atenienses, viéndose los mas poderosos, se hicieron orgullosos, y mas duros en exigir el servicio que se iba haciendo menos puntual. De aqui se originaron varias guerras con los morosos, en las que saliendo siempre vencedores; la escuadra de la ciudad con que se disputaba, era tomada, y esigido mayor tributo, y como cada discusion de esta naturaleza daba mayor poder y riqueza al estado preponderante, y disminuia los recursos que podian ponerse á disposicion de toda combinacion entre los estados dependientes, de gefes de la liga, los atenienses se hicieron los árbitros de sus aliados. El primer estado que se vió obligado á sucumbir, fué la isla de Naxos que se revoltó y fué sujeta por los referidos, cuyo acontecimiento tuvo lugar al duodécimo año de estar Atenas á la cabeza de la liga. A la campaña siguiente la confederacion ateniense mandada por Cimon obtuvo dos grandes victorias en un mismo dia contra los persas, una por mar y otra por tierra, en la embocadura del rio Eurimedon, en Panfilia. Algun tiempo despues los atenienses tuvieron algunas desavenencias con los isleños de Tasos, acerca unas minas que estaban en la costa opuesta de Tracia, y acerca los impuestos de los puertos de la misma region: despues de una derrota por mar y un sitio que duró tres años, la ciudad se vió obligada á entregar sus buques, á destruir sus murallas y á pagar un enorme tributo, renunciando la pretension á los impuestos que dieron lugar á la guerra. (A. J. C. 463.)

Los lacedemonios habiendo sido llamados para ausiliar á los de Tasos, se estaban disponiendo secretamente para invadir la Atica, pero no pudieron verificarlo á causa de un terremoto, por el que quedó destruida gran parte de la ciudad de Esparta, en cuyas ruinas quedaron sepultadas 20000 personas. Los helotas que casi todos eran naturales griegos y se componian principalmente de los antiguos mesenios que fueron conquistados, unidos con los llamados perioicicos, populacho de los arrabales y contornos de la ciudad, gente que aunque no esclava políticamente, podian considerarse tales por estar escluidos de todo cargo y destino en el gobierno, obligados á tener una ciega obediencia á los lacedemonios, y que tenian que sufrir la insolencia y arbitrariedad, no solo de los gobernantes y empleados del estado, sino de los mismos ciudadanos de Esparta; tomaron oportunidad para sublevarse, pero no pudieron hacerse dueños de la ciudad por las prontas y acertadas disposiciones del rey Arquidamo: sin

embargo se posesionaron de Itoma, fuerte en donde se refugiaron tambien sus antepasados en la primera guerra mesenia. Los lacedemonios formaron el sitio de aquel punto y llamaron á sus aliados, particularmente á los atenienses por su pericia en los sitios. Pero los atenienses estaban envanecidos con la creciente grandeza de su país y poco dispuestos á servir en una guerra capitaneada por los lacedemonios que todavia se consideraban los preponderantes: asi es que se suscitaron algunas diferencias, y los lacedemonios desconfiando del carácter atrevido, inquieto y variable de tales aliados, y que quizás podrian en el curso del sitio volver las armas contra ellos, los despidieron con razones honestas, diciéndoles que habiendo resuelto no formar un sitio completo, sino un mero bloqueo, era por demas su asistencia, mas sin embargo se quedaron con los otros aliados. Los atenienses percibieron la causa de su demision, por lo que quedaron de tal modo ofendidos que renunciaron á su alianza y la contrajeron con el estado de Argos que actualmente estaba en guerra con aquellos. Itoma fué tomada á los diez años de guerra, y una de las condiciones de su capitulacion fué que los sitiados debiesen ausentarse para siempre del Peloponeso, y que el que volviese á entrar en él, quedase hecho esclavo del aprehensor. Los atenienses los recibieron y les procuraron un establecimiento en Naupacto, en el golfo Corintio, cuya villa habia sido tomada á los Locreuses últimamente.

Habiendo ocurrido una disputa entre los corintios y megarenses, estos se sublevaron, apartándose de la confederacion espartana, y aliándose con los atenienses, entregando á estos no solo su ciudad, sino tambien los dos puertos de Nisea y de Pegas, aquel en el golfo Saronico, y este en el Corintio. (A. J. C. 458.) Los atenienses levantaron entre Megara y Nicea lo que los griegos llamaban largas murallas, es á saber, líneas fortificadas para proteger la comunicacion entre la ciudad y su puerto, defensa de consideracion para un estado en alianza con Atenas, contra cualquier tentativa del Peloponeso, puesto que no debia temer nada de ningun bloqueo, mientras pudiesen llegarle los socorros sin oposicion, siendo tan poderosa la armada de sus aliados. De aqui se originó una guerra contra el Peloponeso, en la que los atenienses salieron muchas veces victoriosos asi por mar como por tierra, sus mas temibles enemigos siendo los corintios por tierra, y los eginetos por mar. Su poder y actividad se manifestó cuando teniendo empleada una gran parte de sus fuerzas en Egina y otra no menor en Egipto, los corintios y sus aliados marcharon contra Megara creyendo que aquellos no podrian socorrerla sin abandonar la empresa contra Egina: pero los atenienses sin separar á nadie de sus puntos mandaron contra ellos á Myronides, hábil capitán con los habitantes de Atica, que la mayor parte eran viejos y muchachos, con los que sin embargo ganó una batalla decisiva. Por aquel

tiempo empezaron sus largas murallas. Su puerto de Peireo con los dos mas pequeños de Falero y de Muniquia habian sido fortificados á instancia de Temistocles con casi mayor cuidado que la misma ciudad, el cual aconsejó que si alguna vez se hallaban en el caso de no poderlos defender á entrambos, abandonasen la ciudad, y se estableciesen en el de Peireo para poder resistir con sus buques y sus murallas á cualquiera que tratase de asaltarlos. La ciudad y el puerto se pusieron en comunicacion por medio de fortificaciones, de modo, que mientras pudiesen preponderar en los mares y defender sus murallas, la mas poderosa fuerza terrestre, jamas podría hacerles el menor daño.

Los focenses habiendo invadido á Doris, primitiva patria de los lacedemonios, el mútuo interes que ecsistia siempre entre la madre patria y las colonias, impulsó á los lacedemonios á enviar un ejército contra aquellos. Concluida la espedicion, el regreso de los lacedemonios fué contrariado por los atenienses, que teniendo á Megara y á Pegas, poseian las entradas del istmo, por lo que se introdujeron en Beocia en busca de otro camino seguro para poder regresar libremente á su pais, así como para esperar el resultado de algunas desavenencias que habia habido entre los atenienses de resultas de la construccion de sus grandes murallas. En todos los estados griegos la caballeria se componia de los mas ricos del pais, y la infanteria pesada de ciudadanos que generalmente estaban muy bien acomodados, mientras que las flotas estaban equipadas por los pobres, que en cualquier otra parte se hallaban condenados á la insignificancia, confundidos con la despreciada multitud que componian las tropas ligeras: por lo que la circunstancia de ser la flota la principal fuerza necesariamente favorecia á la democracia, y en consecuencia el poder marítimo era siempre el objeto de los que eran de este partido, mientras los del oligárquico, preferian la fuerza terrestre, de la que eran parte los principales ciudadanos. La salud y grandeza actual de Atenas se debian á los patrióticos esfuerzos de todo el pueblo, tanto pobre como rico y principalmente al modo de guerrear, pues cuando se trataba de una accion importante y decisiva, eran llamados todos sin distincion. En consecuencia, desde la guerra de los persas, el gobierno de Atenas empezó á ser democrático de hecho: la supremacia de la asamblea general, reconocida siempre, se fué abrogando gradualmente todas las facultades, engrandeciéndose con todos los poderes del gobierno, habiendo perdido toda su influencia política las clases ricas y distinguidas, á escepcion de lo que naturalmente pueden por sus resortes de interés ó consideracion con los individuos en particular. La importancia, sin embargo de las espresadas, era considerada en cuanto tenia relacion con la mayor ó menor necesidad en que podria verse Atenas de necesitar un ejército terrestre, por cuya causa estas mismas jamas fueron del parecer de construir las grandes murallas que ga-

rantizaban la salud del pueblo y la comunicacion con sus posesiones sin necesidad de ejército. Por otra parte, en los estados democráticos siempre que habia malcontentos del partido oligárquico, se dirigian estos á los lacedemonios en busca de proteccion, como en lo sucesivo lo hicieron con Atenas los democráticos malcontentos de los estados oligárquicos: y en la coyuntura actual de los atenienses, habia un nuevo motivo de apresurar la revolucion antes del fin de la construccion de dicha obra, que frustraria todo auxilio que se procurasen de Lacedemonia; pero á pesar de esto, aunque se calculó el plan para arruinar el partido democrático, no llegó á verificarse. La política de los lacedemonios fué engrandecer á Tebas, de modo que pudiese rivalizar con Atenas, por lo que al retirar su ejército, dejaron á la Beocia sujeta á dicha ciudad. Poco mas de dos meses despues los atenienses mandados por Mironides, derrotaron á los beocios en Oenofita, fué tomada Tenagra, contra la cual habian marchado, y á pesar de haber sido batidos poco antes por haberseles desertado la caballeria tesálica; y en todas las ciudades se protegió el partido democrático que los lacedemonios procuraban siempre avasallar, y toda la Beocia excepto Tebas entró en alianza con Atenas. Mironides se adelantó en seguida á Focis, en donde el partido democrático habia sido en otro tiempo el mas fuerte, y se hallaba abatido por el influjo de Tebas y Esparta, le procuró el ascendiente, y continuó su marcha obligando á la rendicion á Locris de Opuncia, que era del partido de los lacedemonios. Entonces fué cuando Egina capituló entregando su flota, demoliendo sus murallas y pagando el tributo, y Atenas apagó de una vez los recelos que le habia ocasionado siempre una isla, que por su situacion y fuerza marítima hacia sombra al Peireo. La guerra continuó por espacio de cuatro años, lo mas generalmente en favor de los atenienses, hasta que fué suspendida por una tregua de cinco años (A. J. C. 450.)

El imperio de Atenas alcanzó en aquella sazon su mayor grandeza: su poder se estendia por casi todas las islas del mar Egeo, incluyendo á Eubea, por las ciudades griegas de Tracia, Macedonia y Asia. Las condiciones que imponian en sus capitulaciones eran diversas, segun las circunstancias: unos estados eran privados de sus buques y fortificaciones, obligados á pagar un pesado tributo, y sujetos á nuevas exacciones segun su voluntad: otros, cuya sumision no daba lugar á que se les pudiese vejar, ó cuyo poder era todavia temible, conservaban su flota y estaban obligados á pagar solamente un leve tributo, y auxiliar en la guerra. El tesoro comun habia pasado de Delos á Atenas y los repartos se habian aumentado: los asuntos de la liga eran absolutamente dirigidos por la asamblea ateniense, y cualquier disputa entre los diputados era determinada por la misma: la reunion de estos, que hasta entonces se habia tenido en Delos, prosiguió en Atenas, cuya reunion á penas conservaba el menor poder,

todas sus mas atrevidas operaciones reduciéndose á humildes indicaciones ó á inútiles quejas sobre la conducta de los atenienses. Ademas de esto el poder de Atenas se estendia sobre el mismo continente de Grecia. Ellos dirigian á Megara, á Beocia, á Focis, á Locría de Opuncia, mandando solos en el golfo Corintio desde Pegas y Naupacto: en el Peloponeso tenian á Trecena, y su influencia dominaba en Acaya y en Argos, el que estaba unido por interes particular y por comunes hostilidades contra Lacedemonia.

Mientras Atenas se fué alzando á tal estado de grandeza, su gobierno interior sufrió mudanza de no menor consecuencia. La destruccion de posesiones ocasionada por la última guerra de invasion, aumentó considerablemente el número de indigentes, cuyo valor y servicios habian aumentado sus derechos á ser atendidos. Pero ¿como habian de ser socorridos ni de donde? Esta dificultad fué prevenida por la feliz y lucrativa guerra y el rápido incremento del imperio, cuyas circunstancias proporcionaban ocupacion y sustento á los ciudadanos: cuando no los llamaba el servicio vivian sosegados de los frutos de la paga y de los saqueos verificados, y de los donativos eventuales que hacia el estado y otros individuos poderosos; y como sus ocupaciones eran pocas, eran los mas prontos en llenar la asamblea cuando se habia de discutir cualquier punto interesante. Los ciudadanos menesterosos componian la clase mas numerosa, y mas de la mitad de estos no tenian mas ocupacion que acudir á las asambleas, de donde se originaron dos efectos contradictorios en apariencia: el primero el progresivo aumento de poder en las clases humildes y la constante aprobacion de cuantas medidas los podian lisongear; y el segundo, el acrecentamiento de influencia de aquellos personajes ricos y dadivosos, que no perdonaban gasto en las fiestas públicas, en las representaciones teatrales y en cuanto podia contribuir á la diversion pública y al alivio de los que carecian de medios para procurarse tales espectáculos.

Despues de la caida de Temistocles, Cimón fué por mucho tiempo el primer personaje de Atenas por su integridad, por su ingenio, por sus exteriores populares y por la esplendida liberalidad á que e daban lugar sus grandes riquezase. Drribió los cercados de sus jardines y vergeles inmediatos á Atenas, permitiendo la entrada á todo el mundo, dispuso una mesa pública en la que se daba de comer diariamente á los ciudadanos menesterosos, particularmente á los de su cuartel, hallándose siempre dispuesto á repartir y prestar dinero á los necesitados. Su magnificencia se desplegó tambien en las obras públicas: adornó la ciudad con esplendidos pórticos, glorietas y jardines, en los que tenian un placer los atenienses de reunirse á conversar. La mayor parte de estas obras fueron hechas á sus espensas, aunque otras lo fueron bajo su direccion, pero de las riquezas que habian entrado en el erario de resultas de las victorias conseguidas. La fortifi-

cacion del Acropolis particularmente lo fué de estos últimos recursos.

La inclinacion de Cimon en cuanto á lo político lo llamaba al gobierno aristocrático: deseaba la amistad de los lacedemonios, y su influencia fué la que entretuvo el rompimiento con estos. Ecsistia sin embargo, un fuerte partido de oposicion que se encumbró con esta circunstancia, el que ocasionó que Cimon fuese desterrado por el ostracismo, quedando el poder enteramente en manos del referido partido. Efilates era el gefe visible del partido de oposicion, pero Pericles, hijo de Xantipo ganó en breve toda la influencia: este era un jóven de noble nacimiento y de singular talento, con algunos conocimientos militares, pero señalado principalmente como grande político y excelente orador. Sus bellas cualidades habian mejorado extraordinariamente por su educacion y por la continua frecuencia con los filósofos y literatos, de modo que su penetracion era la mas sagaz y dispuesta, y su oratoria la mas convincente é irresistible con una dulzura y elegancia hasta entonces desconocidas. El nuevo gobierno se acababa de reforzar con la adquisicion de Megara y siguientes victorias; pero el pueblo echaba menos las liberalidades de Cimon, necesitaba ser lisonjeado y complacido, y los gefes actuales estaban privados de tan abundantes medios como aquel: asi pues, se tomó el espediente de aplicar á este objeto una parte de las rentas del estado, y se juzgó esencial para conseguir prontos y felices sucesos en la guerra, sin los cuales el gobierno no se podia sostener, el conducir la operacion bajo un plan dilatado y dispendioso: pero todas las salidas del tesoro eran contrarrestadas por el consejo del Areopago, que aristocrático en su mayoria y del partido de Cimon, no era del parecer de sancionar los gastos que por sus miras pedian los actuales gobernantes. Asi pues, Efilates propuso acortar los poderes de aquel cuerpo, haciendo pasar á la asamblea el conocimiento de los asuntos mas importantes que Solon habia reservado al Areopago, y el poder de intervenir en la distribucion de los fondos del erario sin restriccion. Pericles apoyó la proposicion, y consiguió, despues de haber sido aprobada, el que por una ley se señalase una dotacion á los que asistiesen á la asamblea y á los miembros de los consejos. Se aumentaron las festividades religiosas, asi en número como en magnificencia, y de este modo la mayor parte podian mantenerse con su paga los dias de labor, y con las víctimas de los sacrificios los dias de festividad.

Desde la guerra de los persas, Atenas se hizo el asiento de la filosofia y de las artes que habian florecido ya en el antiguo período de reposo, causas de la riqueza y civilizacion de la Jonia, pero que habian sido poco cultivadas en Grecia. Su acrecentamiento habia sido largamente protegido bajo la administracion de Temistocles y de Cimon, y bajo la de Pericles se consiguieron todavia mayores adelantos. Las fiestas religiosas eran acompañadas de justas en música y poesía.

La tragedia, de una tosca oda que era antes en honor de Baco, fué elevada á la pintura de las acciones y sufrimientos humanos por Tespis, Frimico y otros, fué engalanada por Esquilo con la mayor pompa de pensamientos y espresion, ostentada con todos los ausilios del efecto escénico y teatral, y cultivada finalmente y llevada á su último grado de perfeccion por Sofocles, Euripides y otros, sino de tan relevantes prendas, de no comun ingenio y habilidad. Se representaron comedias, pero manchadas con licenciosas obscenidades, y groseros abusos personales, si bien llenas de fuego y sal, pintando al vivo los caracteres propuestos y presentando la sátira mas picante contra los vicios políticos ó contra los que habia tenido en vista el autor. Por otra parte, los filósofos mas eminentes de aquel tiempo residian en Atenas, y los ciudadanos se reunian á escuchar sus discursos en los pórticos y en los demas parages públicos. Con tales pasatiempos el pueblo no pudo menos de adquirir una finura y delicadeza en el gusto poco comunes, y una actividad proporcionada de espíritu: pero al mismo tiempo empleaba pocos instantes en todo lo que no fuese diversion, y de aquí debió contraer la ligereza, volubilidad y capricho. La mayor parte sin tener que inquietarse por su manutencion, disfrutando de los placeres, cuyos gastos corrian por cuenta del estado, necesitaban de la escuela de la necesidad, que habituando al hombre al riguroso cumplimiento de su empleo, lo dispone á esponer su sentir con el mismo interés, cuando consultado sea en particular ó acerca el bien comun. Los asuntos mas importantes del estado no escogian de nadie el abandono de sus asuntos particulares, ni nadie asistia á sus discusiones por el interes general, sino mas bien para entregarse á los vivos debates ó para ostentar el orgullo de tener entera facultad para hablar con toda libertad y franqueza. Asi es, que su principal objeto era criticar los discursos de los oradores mas bien que el de pesar la importancia de las medidas discutidas: amantes de la lisonja, fáciles á dejarse llevar por promesas pomposas, apresurados en sus poco meditadas deliberaciones, aunque dispuestos á recelar de continuo, se hallaban siempre impacientes en busca de continuos y nuevos pensamientos. Si Atenas no hubiese contado con mas recursos que los propios, le habria sido de todo punto imposible mantener en la ociosidad á tan considerable parte de pueblo, pero contaba con los recursos de los estados subyugados que debian contribuir con cuanto se les pedia, por excesivo que fuese. Cualquiera escaccion por arbitraria que fuese era aprobada al momento por el enjambre de ociosos que no anhelaban otra cosa mas que la manutencion y los placeres á costa de las prodigas espensas del estado, y su número y asidua asistencia á las asambleas hacia prevalecer toda medida que los lisongease ó les tuviese cuenta. De aquí tomaron origen una turba de demagogos desmoralizados que usurparon una influencia desmedida, que estaban siempre dis-

puestos á proponer todo cuanto ofrecia alguna ganancia á la muchedumbre, aunque fuese á costa de la justicia y de la humanidad, los cuales sacaban á menudo partido de su preponderancia admitiendo dádivas en precio de sus cohechos, de mano de los estados aliados ó dependientes.

Poco tiempo despues del engrandecimiento de Pericles y de sus amigos, se envió una flota á conquistar la isla de Chipre; pero el Egipto se habia sublevado, negando la obediencia á Artaxerxes, bajo la conduca de Inaro, gefe de las fronteras de Libia, y pidió la asistencia de los atenienses haciéndoles las mas lisonjeras ofertas. La flota tuvo orden de dejar á Chipre para ir á auxiliar á Inaro, el cual con el valor y disciplina de los griegos, en breve se hizo dueño del país, obligando á los persas á encerrarse en el castillo blanco de Menfis, quedando en su poder las otras dos partes de la ciudad, la mas poderosa del Egipto. El rey de Persia desesperando de poder reducir á los sublevados á fuerza de armas, ofreció cuantiosas sumas á los luselemonios para inducirlos á que hiciesen una invasion en la Atica, pero estos aunque no en amistad con los atenienses, no quisieron ser el instrumento del comun enemigo contra dicho país. Al fin Megabazo, personaje persa de la primera categoria, habienlo sido enviado con un ejército poderoso, derrotó á los egipcios, y obligó á los atenienses á abandonar á Menfis. Estos á su vez se vieron sitiados por espacio de diez y ocho meses en una de las islas del Nilo, que al fin fué tomada por asalto y la mayor partè pasados á cuchillo. Inaro fué preso y sentenciado, y todo el Egipto sometido. La guerra duró seis años y se concluyó tres años antes de concluir la tregua de cinco años con Lacedemonia.

Por el mismo tiempo se reconciliaron los partidos de Atenas, y Cimón fué vuelto á llamar por proposicion de Pericles, habiendo pasado el tiempo de su destierro, que fueron cinco años, en las posesiones que habia heredado en el Quersoneso. Su regreso facilitó seguramente la estipulacion de la tregua, y hasta su muerte Atenas no fué turbada con ninguna disencion intestina. Durante la paz se construyó una tercera muralla, pasando por entre los dos primeros puertos y dirigiéndose al del medio, que era Muniquia, á fin de que en caso de que el enemigo forzase cualquiera de las murallas exteriores pudiese comunicar la ciudad con uno de sus puertos. La caballeria habia decaido en extremo, pero se conservó un cuerpo de 300 caballos, y aunque poco numerosa, la ateniense tuvo fama de haber sido de las mejores de la Grecia.

No teniendo Atenas ninguna guerra que la distragese, se halló con una muchedumbre de gentes no acostumbradas á dedicarse á una industria pacífica y laboriosa; por lo que, para deshacerse de parte de ella, y para poder atender mejor al número de ciudadanos que le convenia, mandó una colonia de 1000 familias á establecerse en el

Quersoneso Tracio. Poco despues para dar destino á otra parte de los mismos, pues de lo contrario habria tenido que mantenerlos en el ocio, y para lisongear la sed popular de conquistas, y por no turbar la paz que reinaba con los limítrofes, resolvió hacer entrar en la confederacion á la isla de Chipre. Cimon tomó el mando de 200 triremes, pero murió en dicha isla; y este acontecimiento con la falta de provisiones, hizo indispensable el regreso de la flota. Antes de llegar á Atenas, sin embargo los griegos consiguieron dos victorias sobre los persas, una por mar y otra por tierra.

La superintendencia del templo de Delfos, estaba desde mucho tiempo en poder de las ciudades de la Focia, pero los delfios reclamaban la privativa y los lacedemonios los auxiliaron con un ejército que les aseguró la posesion del templo. Este acto arbitrario no pudo menos de ofender á los atenienses, y mas aun porque la Focia se contaba en el número de sus aliados, por lo que, despues de haberse retirado los lacedemonios volvieron el templo á los focios. En este estado se hallaba el asunto, cuando algun tiempo despues los beocios que fueron desterrados cuando el pais pasó á la dependencia de Atenas, habiéndose apoderado de Orcomeno, Queronea y otras plazas, los atenienses mandaron un ejército para desalojarlos. Queronea fué tomada, y sus habitantes condenados á la esclavitud, pero una considerable fuerza de beocios y otros se habian reunido en Orcomeno, á los que se habian juntado los de Locris, los cuales habian evitado el destierro por su humilde sumision, por lo que, el ejército que se volvia victorioso fué batido cerca de Coronea, en la que fueron hechos prisioneros los atenienses que quedaron con vida. Con esta contingencia los atenienses no podian conservar el mando de la Beocia, y menos aun estando para espirar su tregua con los lacedemonios, de quienes no esperaban muy buenos oficios; por lo que, no habia familia que no estuviese interesada en volver á recobrar á los prisioneros; de modo que se hizo apresuradamente la paz, en la que solo se estipulaba la libertad de los referidos, para cuya concesion se renunciaba á todos los derechos que Atenas podia tener sobre la Beocia.

Este convenio se halló ser tanto mas necesario cuanto los de Eubea, que era la mas importante dependencia de Atenas, se habian sublevado. Pericles marchó con un ejército á sujetarlos, pero á penas habia desembarcado cuando le llegó la noticia que los megarenses, renovando su intimidad con los de Corinto, se habian levantado contra la guarnicion: asi pues, se volvió inmediatamente y logró sujetar á los de Megara y á sus aliados, pero no bien se habian terminado estos acontecimientos, cuando los del Peloponeso invadieron la Atica, bajo la conducta del rey de Esparta, Pleistoanax, príncipe de pocos años é hijo de Pausanias. Una derrota en semejante coyuntura habria sido funesta, y cualquier demora en sujetar á Eubea

ponia en peligro á las demas dependencias. En tales apuros, se dice, que Pericles negoció la retirada del ejército invasor cohechando al consejero de Pleistoanax. El ejército se retiró con un motivo cualquiera plausible, y el rey habiendo sido acusado á su regreso de connivencia, fué multado en tan inmensa cantidad que tuvo que salir de Lacedemonia. Pericles en las cuentas que presentó de los gastos que habia ocasionado la guerra, incluyó la partida de 10 talentos como empleados en un objeto necesario, y se la pasaron sin querer averiguar siquiera cual era este; lo que se cita como un testimonio de la confianza que el pueblo habia puesto en él. Habiéndose retirado los lacedemonios, Pericles volvió á Eubea con su ejército y redujo la isla inmediatamente. Los histienses fueron espulsados de su pais, y este repartido entre algunas familias atenienses; algunos pueblos consiguieron capitular, por lo que, conservaron sus estados y sus gobiernos municipales: pero cansados ya los atenienses de una guerra tan desastrosa y reconociéndose incapaces de mantener su imperio en su estado actual, negociaron una tregua de treinta años con los peloponenses, por la que se obligaron á entregar, ademas de la Beocia y Megara, que se podian considerar perdidas, á Nisea, Pegas y Treceña, perdiendo de esta manera la excesiva influencia de que habian gozado hasta entonces en la Acaya (A. J. C. 445.)

Con la muerte de Cimon se acabó la union de los partidos de Atenas. Tucídides, su cuñado, hijo de Melesias, era sugeto de alto nacimiento, de carácter y extraordinario talento, y el partido aristocrático deseaba que se amparase del timon del estado: pero Pericles que no habia cedido el primer lugar sino á Cimon por su indisputable mérito, y con la persuasion de quedarse con el segundo, no podia hallarse dispuesto á sufrir rivalidades de ningun aspirante á la preponderancia, y es probable que las pretensiones de los aristocráticos se hicieron mas activas, habiendo perdido un gefe cuyo carácter liberal y popular habia moderado sus pretensiones, al paso que les habia dado mas fuerza. De aqui nació una lucha entre los oradores de ambos partidos: la desgraciada expedicion de Beocia parece que fué conducida por los amigos de Tucídides, y por su fallido écsito el pueblo se sintió impelido á ponerse en manos de Pericles. Este justificó enteramente la confianza merecida por su habilidad y destreza en sacar á la república de todos sus apuros. Tucídides fué desterrado por el ostracismo, y en adelante el mando de Pericles no volvió á ser disputado.

Al sexto año de la última tregua, tuvo lugar una guerra entre los de Samos y de Mileto, ambos aliados de Atenas. Los de Mileto habiendo sido batidos apelaron á los atenienses, y sus quejas fueron sostenidas por algunos espatriados de Samos descontentos con el gobierno que era oligárquico. Los samios, dueños de Mileto fueron requeridos á que mandasen sus diputados para responder á los cargos,

pero reusaron sujetarse á tal disposicion, temiendo tal vez que sus descargos no serian atendidos favorablemente por un pueblo enemigo declarado de la Oligarquia, por lo que, los atenienses mandaron allá una flota que los obligó á la sumision y estableció la democracia, tomando en rehenes 50 de sus ciudadanos y 50 niños de las primeras familias, los cuales fueron remitidos y guardados en la isla de Lemnos. Algunos sin embargo del partido opuesto se escaparon al continente, desde donde mantenian secretas inteligencias con sus amigos de la isla, los cuales con el auxilio de Pisutnes, sátrapa de Sardis, habiendo reunido una fuerza de 700 hombres, pasaron de noche á Samos, en cuya orilla les esperaban sus amigos, con lo que sorprendieron y se apoderaron del nuevo gobierno, yendo en seguida á libertar á los rehenes que tenian en Lemnos, apoderándose de la guardia ateniense que mandaron á Pisutnes. Luego se dispusieron á preparar una expedicion para Mileto, sublevándose al mismo tiempo Bizancio de concierto con ellos.

Asi que llegó la noticia de lo acaecido, los atenienses mandaron á Pericles con otros nueve gefes, cuya flota se hizo á la vela y derrotó las fuerzas de Samos, aunque superiores en número. Mientras llegaban los refuerzos de Atenas, Scio y Lesbos, se puso un bloqueo á la ciudad por mar y por tierra, pero mientras Pericles salió al encuentro de la flota fenicia que debia venir á socorrer á los sitiados, estos por un repentino ataque se ampararon de algunos barcos atenienses, quedando dueños del mar por espacio de catorce dias, al cabo de los cuales habiendo regresado Pericles y acudido nuevos refuerzos de otras partes, los sitiados tuvieron que volverse á encerrar dentro de sus murallas. A los nueve meses de sitio se rindió la ciudad, entregando su flota, demoliendo sus murallas, dando nuevos rehenes y pagando una fuerte suma por los gastos de la guerra. Los bizantinos se rindieron sin dar lugar á que viniese contra ellos la flota ateniense, quedando con los mismos pactos de su primitiva dependencia.

Los samios al principio de su sublevacion habian pedido auxilio á los lacedemonios, y estos habian convocado la asamblea de los diputados aliados para resolver de comun acuerdo lo que pareciese mas prudente. No pareció ser posible el mandar allí ningun socorro porque los del Peloponeso no podian contrarrestar las fuerzas marítimas de los atenienses, y todo lo mas que se podia hacer, era llamarles la atencion en Atica invadiendo el territorio. La proposicion fué por lo mismo desechada, particularmente por el esfuerzo de los corintios debilitados todavia de resultas de la última guerra y convencidos de que en cualquier contienda con los atenienses, serian ellos los que mas sufririan por la proximidad de paises, por cuya causa se dijo de ellos despues, que querian bienquitarse con los atenienses por la doctrina que sentaron en sus discursos, de que toda nacion preponderante tenia derecho de sujetar y castigar á sus aliados por casos semejantes al de que se trataba.

Tres años despues de la sujecion de Samos se sembraron las semillas de una discordia que ocasionó una guerra, la mas duradera y la mas desastrosa que jamas habia afligido á la Grecia. La isla de Corcira, en la costa del Epiro, era una colonia de Corinto, establecida con la debida autoridad para estender las relaciones de aquella ciudad ó para descargarla de su escesiva poblacion: dicho establecimiento habia sido auxiliado por el poder y particular afeccion de su madre patria y ultimamente abastecido de los recursos del estado. Con tales relaciones estaba obligada á prestar auxilios á aquella cuando los necesitase, y podia pedírselos en iguales circunstancias, y era costumbre casi sagrada tributar á la madre patria un reverente respeto, que entre otras cosas se manifestaba cediendo los puestos de preferencia á los naturales de ella en las festividades religiosas. Pero Corcira habiéndose engrandecido en comercio y fuerza naval y militar hasta sobrepasar á Corinto, se retrajo del acostumbrado homenaje, con lo que se atrajo su enemistad. Antes de haber tenido lugar este disgusto los de Corcira habian fundado á Epidamno en la costa de Iliria, habiendo invitado segun costumbre á Falio, Corintio, á ser el gefe de la colonia para que por este medio los dioses de sus padres les fuesen favorables en la empresa y protegiesen el establecimiento. Algunos corintios y otros dorios se reunieron á la expedicion: Epidamno se engrandeció y prosperó hasta que fueron contrastados en su fortuna por una sedicion y guerra con sus vecinos los ilirios. El partido oligárquico que fué espulsado se unió con los bárbaros, y los que quedaron en la ciudad viéndose apurados pidieron socorros á Corcira; y aunque emplearon las mas humildes súplicas no pudieron conseguirlo.

Los epidamnios habiendo consultado al oráculo de Delfos, tuvieron por respuesta que estaban autorizados para reconocer á Corinto por metrópolis trasmitiéndole sus homenajes y obediencia. Los corintios aceptaron la invitacion, tanto por el odio que profesaban á los de Corcira como por considerarse con no menos derecho á la colonia, puesto que su fundador habia sido Corintio. Asi pues, hicieron un pregon permitiendo á cualquiera de sus ciudadanos que quisiese ir á establecerse en Epidamno, el poderlo verificar y ademas enviaron una fuerza auxiliar. Los de Corcira ofendidos con esta providencia tomaron el partido de los epidamnios refugiados, los mismos que les habian pedido su intervencion y mandaron una flota para que solicitase la nueva recepcion de los desterrados; pero habiendo sido negada la peticion, así unos como otros se juntaron con los de Iliria y pusieron cerco á la ciudad.

Los corintios se preparaban á hacer levantar el sitio, pero hallándose inferiores á sus contrarios en fuerzas navales, pidieron auxilio á los mas de sus aliados. Alarmados los de Corcira por la combinacion que se preparaba contra ellos, solicitaron la mediacion de Lacedemonia y Siciona, que condescendieron de todo punto, nombran-

do embajadores que fuesen acompañando la diputacion de Corcira que pasaba á Corinto, á proponer que la contension fuese sometida á los estados del Peloponeso que se conviniesen, ó al oráculo de Delfos para la decision. Los corintios reusaron la proposicion, y la flota se hizo á la vela, pero fué completamente batida por los de Corcira que pasaron á cuchillo á todo el que hicieron prisionero, menos á los corintios que conservaron como en rehenes: en el mismo dia Epidamno tuvo que rendirse, quedando los espresados dueños del mar y molestando por mucho tiempo á sus enemigos impunemente.

La mácsima principal de Corcira era no introducirse en alianza alguna: isleños y fuertes por mar, no necesitaban proteccion ni querian verse en la contingencia de tener que tomar parte en querellas ajenas; pero los corintios por el contrario hacian cuanto estaba de su parte para reparar su derrota, y se temia que no consiguiesen el auxilio de la confederacion del Peloponeso, de la que eran muy importantes miembros: por consiguiente, Corcira juzgó prudente interesarse en su ayuda á algun estado poderoso, y como los estados con quienes tenia relaciones en el Peloponeso, se habian declarado por sus enemigos, mandó sus embajadores á Atenas, como que era el único estado respetable de quien podia prometerse un auxilio eficaz. Los corintios enviaron igualmente un mensaje á los atenienses para disuadirles de dar socorro á sus enemigos, por lo que, habiéndose reunido la asamblea, cada estado abogó por su causa luego que se abrió la discusion. Atenas solo tenia una paz temporal con el Peloponeso, y las disposiciones de este veia que no eran las mas amistosas, y como Corcira era el segundo estado de mayor poder marítimo en Grecia, se creyó importante atraerla á su confederacion, celosos de que no se aliasen con los referidos. Los tratados de la tregua permitian la liga de cualquier estado que fuese neutral, por lo que, podian contraerla con los de Corcira, pero era por otra parte muy cierto que cualquier acto del estado en defensa de la misma seria tenido por los peloponenses como un rompimiento de guerra formal: asi pues, en la primera asamblea no se decidió nada, pero en la segunda, á sugestion seguramente de Pericles, se resolvió la alianza, aunque solamente defensiva con la isla.

Los corintios y sus aliados pusieron 150 velas en el mar, 90 de las cuales eran de los primeros, y los de Corcira 110, ademas de las cuales llevaban diez trirremes atenienses que tenian orden de no pelear, á no ser que se intentase desembarco sobre Corcira ó sus dependencias, por lo que, se mantuvieron á la capa bordeando cerca de sus aliados, y protegiéndolos en los pasos difíciles. Finalmente se dió principio al combate que fué obstinado, pero conducido con poca pericia: los buques estaban mal equipados, siguiendo el uso antiguo, los soldados amontonados en cubierta de modo que la accion pareció á los atenienses, acostumbrados á la disciplina de Temistocles, mas

bien una batalla campal que otra cosa. Los de Corcira fueron derrotados y arrojados á la costa, y las hostilidades llegaron á verificarse despues con los atenienses. Los corintios, concluido el combate, se detuvieron á recojer las embarcaciones derrotadas y á hacer prisioneros, cuya mayor parte pasaron á cuchillo, y entre los tales por ignorancia, á no pocos de sus amigos, cuyos barcos habian sido arruinados en el combate. Por la tarde volvieron á adelantarse, y los de Corcira temiendo un desembarco encaminaron su maltratada flota hacia los triremes de los atenienses, que en esta ocasion les hubieran prestado un auxilio mas eficaz y decidido, pero los corintios no tuvieron lugar de llegar de nuevo á las manos con sus enemigos, por la llegada de una division que luego se vió ser ateniense y constar de veinte triremes. Al dia siguiente la flota combinada de Corcira y Atenas ofreció el combate, pero los corintios poco dispuestos entonces á pelear ni capaces de mantener el puesto, probaron averiguar cual era el ánimo de los atenienses, por lo que, mandaron un bote pero sin heraldo, con un mensaje, á estos por el cual se quejaban de que hubiesen roto la tregua que ecsistia entre sus gobiernos, pues que obstruian sus movimientos, advirtiéndoles que serian tratados como enemigos si intentaban romper las hostilidades. Los de Corcira oyendo lo que pasaba, se reunieron para matar á los enviados, que lo habrian sido sin faltar á las leyes de la guerra, por ir sin heraldo, pero los atenienses no lo consintieron y dieron por respuesta que ellos no rompian la tregua, sino que protegian á sus aliados: que podian encaminarse á donde les pareciese, mientras no fuese contra ninguna plaza perteneciente á Corcira, por lo que, la flota corintia se retiró hácia el golfo y los atenienses hácia su república,

Potidea, ciudad situada en el istmo que une la península de Palene con las fronteras de la Tracia y Macedonia, aunque tributaria y aliada de Atenas, era una colonia de corintios y tan relacionada con su metropolis, que recibia de ella sus magistrados anuales: en esta ocasion fué solicitada á sublevarse, no solo por Corinto sino por Perdicas, rey de Macedonia, que procuraba promover la sublevacion por los estados limítrofes sometidos á Atenas, como Calcis y Botiea. Informados los atenienses, mandaron á Potidea un mensaje, mandandosele que diese rehenes por garantes de su fidelidad, que arruinase las murallas que miraban á Palene y que despidiese á los magistrados corintios, prohibiéndosele el que los volviese á admitir. Los de Potidea mandaron una comision para que se revocase tan dura peticion, y en union con los corintios solicitaron el auxilio de los lacedemonios. Los atenienses se negaron á suavizar sus mandatos: Esparta ofreció invadir la Atica en caso que los atenienses quisiesen obligarlos á lo mandado por fuerza de armas, y Potidea se resolvió á formar una liga con Calcis y Botiea, revoltándose todos de mancomun; la península calcidense hallándose espuesta á los ataques de la flota ateniense, Per-

dicas propuso á sus habitantes que destruyesen sus ciudades y abandonasen sus tierras, haciéndose fuertes en Olinto llevando á sus familias durante la guerra al terreno que les señalaba al intento, sin conservar mas número de gente que el necesario para guarnecer el punto indicado. La medida fué adoptada, y la grandeza de este sacrificio probó que la dominacion ateniense era la mas insoportable.

Los atenienses enviaron 30 buques á Tracia y 40 mas con 2000 hombres cuando supieron que Aristeo, gefe corintio, se hallaba en marcha para Potidea con 1600 hombres. Primero atacaron á Perdicas, pero habiendo concluido un tratado de convenio con dicho príncipe, se dirigieron contra los sublevados, los que encontraron delante de Olinto mandados por Aristeo, y con 200 caballos que Perdicas les envió luego que se vió libre de los atenienses. Estos ganaron la batalla y sus enemigos se encerraron la mayor parte en la ciudad, aunque Aristeo, que habia forzado y perseguido demasiado lejos el ala contra la cual dirigió sus ataques, tuvo que irse á guarecer á Potidea. Los atenienses se encaminaron á la referida, y habiendo sido reforzados con 1600 hombres, se hallaban dispuestos á formar el bloqueo. Aristeo habiendo dado sus disposiciones, se escapó de noche, se puso al frente de los de Calcis, con los que incomodaba á los sitiadores y al mismo tiempo daba prisa á los peloponenses para que le mandasen socorros.

Los corintios entonces clamaron mas fuertemente por la guerra, en cuya demanda eran sostenidos por muchos otros, particularmente por los de Egina, que secretamente, ya que no podian de otro modo, se quejaban de su dura sujecion. Los lacedemonios habiéndose reunido para escuchar los cargos que se hacian contra Atenas, oyeron á los megarenses que alegaban la injusticia con que se les habia excluido del mercado de la Atica y de los puertos de la misma. Al fin los corintios despues de esponer sus motivos, afeaban la tardanza de los lacedemonios, circunstanciando los peligros que amenazaban á la libertad de Grecia, por la insaciable ambicion é incansables empresas de los atenienses, se lamentaban por último de sus particulares padecimientos y pedian auxilio para socorrer á los que tenian sitiados en Potidea. Daba la casualidad que los embajadores atenienses se hallaban á la sazón en Esparta, los cuales al oír las acusaciones que se hacia contra su ciudad, pidieron que se les oyese. No querian responder, dijeron, particularmente á los cargos que se les hacian delante de los que no tenian derecho de juzgar entre ellos y sus aliados, pero suplicaban que no determinasen con ligereza asunto de tanta gravedad, manifestando que su ciudad no era indigna del imperio que ejercia. Hablaron del mérito de Atenas en las dos invasiones de los persas, y de la voluntaria sumision de los aliados, añadiendo que asi como su imperio habia sido honrosamente adquirido no lo abandonarían impunemente. Procuraron paliar la dureza de su dominacion,

protestando contra todo rompimiento de la tregua, y propusieron someter todas las querellas á la decision de terceros, segun los capitulos de la tregua.

Los ministros extranjeros fueron despedidos, y el rey Arquidamo, personage anciano, discreto y moderado, se dirigió á la asamblea con un discurso, en el que, justificando la prudente circunspeccion de los lacedemonios, espuso los peligros y los males positivos que acarrearía una guerra con un estado tan superior en riqueza y en fuerza y pericia naval como el ateniense: que si escedian á este en fuerzas terrestres, solo podian conseguir el talar la Atica, operacion de poco ó ningun resultado para un pais que podia proveherse de cuanto necesitase de las distantes posesiones en que mandaba, y que estaban fuera de sus alcances, y que finalmente ya que los atenienses se sujetaban á la decision jurídica, tenia por injusto apelar á las armas. Se puso el asunto en discusion y la asamblea declaró que la tregua habia sido rota y que se llamase á los aliados para determinar cuando debia empezarse la guerra. Este acontecimiento tuvo lugar á los catorce años de la tregua que habia sido estipulada por treinta, á los cuarenta y nueve de la batalla de Salamina. En seguida se celebró la asamblea de aliados que resolvieron empezar la guerra inmediatamente. Tucídides observa que los lacedemonios resolvieron la guerra, no tanto por las quejas de sus aliados, como por los celos que infundia el poder de Atenas.

No preparados los lacedemonios para la guerra, querian dilatar su abertura y querian al mismo tiempo hacer de modo que fuesen los atenienses los que reusasen la paz, y si posible fuese, sembrar la discordia entre ellos. Con estas miras mandaron una embajada á Atenas por un asunto que nada tenia que ver con el presente, pero con la mira de acarrear el prestigio de supersticion contra su conducta. El mensaje pues fué el siguiente: Que no habiéndose hecho ninguna espacion por el sacrilegio de los alcmeonidas cuando la sedicion de Cylon, la maldicion del cielo debia estallar sobre todos los descendientes de los sacrílegos, y que para alejar la ira de los dioses de la Grecia se debia espulsar de ella á toda su impura raza. Entre estos se contaba á Pericles, á quien comprendia por línea de madre, y aunque los lacedemonios jamas creyeron que se les complaciese en este particular, su objeto era alarmar al pueblo y obstruir en cierto modo su administracion, bien persuadidos que en vano se alegaria la antigüedad del crimen, y la inocencia de los individuos, contra quienes recaia su consecuencia, por ser la ciega creencia del populacho griego mas poderosa que la razon y la justicia; sin embargo la peticion fué desatendida sin alegar ninguna razon ni producir la menor queja, pero como los lacedemonios no habian espiado tampoco la muerte de Pausanias en lugar sagrado, ni el asesinato de ciertos helotas estraidos con violencia del templo de Neptuno del monte Te-

naro, á lo que fué atribuido el gran terremoto de Esparta; los atenienses pidieron á su vez la espulsion de las familias que suponian tambien atraer la maldicion del cielo sobre la Grecia.

Los lacedemonios mandaron pues segunda embajada solicitando que se levantase el sitio de Potidea y que Egina fuese puesta en entera libertad de poderse gobernar independientemente, y sobre todo que se revocase el decreto espedido contra Megara: las primeras peticiones fueron decididamente recusadas, y en cuanto á la última que era la que se escigia con mas calor, respondieron que la conducta de los megarenses era la que lo habia dictado, por haberse atrevido á cultivar las tierras sagradas que no debian ser profanadas, y por haber acogido á los esclavos fugitivos de Atenas. Al fin los lacedemonios desentendiéndose de los dos primeros mensajes, mandaron por tercera vez sus embajadores, pidiendo por condiciones de la paz que todos los estados sujetos á Atenas fuesen puestos en entera independencia. La asamblea hallándose dividida en pareceres acerca el modo de contestar, Pericles tomó la palabra y empezó escortando á la asamblea á resistir á las imperiosas peticiones de los embajadores, porque cualquier concesion que se hiciese por temor, daria lugar al atrevimiento de sus enemigos á dictar nuevas solicitudes y sin límites, manifestando largamente que la guerra mas fuerte y terrible debia ser para los lacedemonios que para ellos. Inferiores en marina y mucho mas en instruccion naval, jamas podrian hacerles frente por mar; es verdad que podrian talar sus campos, pero ellos podrian tomar debida venganza, debiendo suponer que la destruccion de toda la Atica nunca llegaria á tener tan funestas consecuencias á sus naturales como la de una sola parte del Peloponeso. „Porque” añadió: „Si nosotros fuésemos isleños ¿quien se atreveria á atacarnos? Seámoslo pues politicamente, abandonemos nuestras casas y posesiones, y pongamos nuestra sola atencion en defender la ciudad y en conservar el imperio de los mares: economizemos las vidas de nuestros conciudadanos en cuyas proezas estriba nuestro imperio, y no las queramos esponer en el dudoso empeño de conservar nuestras tierras cuya pérdida es de muy poca consecuencia, ni en el de obstinarnos en repulsar la invasion, que aunque se consiga, podrá ser reproducida con mayor fuerza. Yo me fundo en muchas mas razones para esperar felices sucesos de un plan como el propuesto, con tal solamente que nos abstengamos de ir en busca de nuevas conquistas durante la guerra; respondamos á los embajadores que admitirémos á los megarenses en nuestros puertos y mercados si los lacedemonios quieren derogar la ley, que escluye de Esparta á todo extranjero; porque nada de esto se ha pensado en estipular en los tratados vigentes: que las ciudades que nos están sujetas, recobrarán su independencia, si la tenian cuando se hicieron los tratados; pero con tal que los lacedemonios permitan á sus aliados el que se constituyan como mejor les

parezca, y no como ellos les dicen: que estamos prontos á someter nuestras contensiones á una amistosa deferencia de partes, y finalmente que nuestro ánimo no es dar principio á la guerra, sino resistirla con todo nuestro poder, si llega tan funesto caso." La penetracion de Pericles manifestada en su discurso, es digna de llamar nuestra atencion, puesto que verémos que Atenas no consiguió el triunfo que debiera obtener, por graves yerros de conducta, y sobre todo por la frenética y ambiciosa sed de conquistas, contra los consejos del orador. Asi pues, se estendió la contestacion segun lo sugerido por Pericles, resumiéndose á que no intentaban dictar leyes, sino que se someterian á lo que fallase una intervencion judicial segun los tratados.

## CAPÍTULO SECTO.

### *De la guerra del Peloponeso.*

La ciudad de Tebas, por ser la mas poderosa de Beocia, habia aspirado siempre al mando militar y político de todas las demas. Platea le habia negado la sumision y habia conservado su independencia, y en tiempo antiguo no hallándose capaz de resistir al poder inquieto de los tebanos, se habia dirigido á los lacedemonios pidiendo proteccion. No se conformaba entonces con las miras de estos el comprometerse con ningun pueblo de tan distante provincia como la Beocia; por lo que, les aconsejaron que se dirigiesen á los atenienses, que era un estado poderoso y muy inmediato. Platea lo hizo asi, y encontraron al punto el socorro eficaz y dispuesto que necesitaban, en reconocimiento de lo cual prodigaron los mas sinceros servicios en cuantas guerras y peligros se hallaron sus protectores. En las circunstancias de que hablamos conocian los tebanos que era inevitable la guerra con los atenienses; habian sufrido mucho con las hostilidades de Platea, y nunca pudieron digerir la seguridad de su independencia, asi pues, confiando asegurarse de la ciudad antes que se diese principio á la guerra, dieron oidos á algunos malcontentos de la misma que habian ofrecido introducir sus tropas en ella. En efecto, mandaron 300 hombres que entraron fácilmente de noche, como que no habia ningun centinela apostado en las puertas, por ser tiempo de paz. Sus conductores instaban á que pasasen á cuchillo á sus principales enemigos, pero prefirieron hacerse primero dueños de la ciudad sin lucha ni sangre, si era posible: asi pues, se apoderaron de la plaza del mercado desde donde hicieron un pregon invitando á todos los que quisiesen confederarse con ellos, segun habian acostumbrado sus mayores, á que pasasen á sus filas. Los platenses turbados al principio con tan inopinado ataque, iban á admitir las proposiciones, pero enterados del corto número de sus invasores, los asaltaron confiados en la oscuridad y en su poco conocimiento de las ca-

lles y avenidas. Los tebanos pues fueron derrotados, y la mayor parte de los que libraron la vida, tuvieron que rendirse á discrecion. El ejército tebano que venia para refuerzo y auxilio de los primeros, recibió la noticia de lo acontecido mientras se iba encaminando á la ciudad, y queriendo los gefes apoderarse de algunos platenses que encontraron fuera de las murallas, llegó el heraldo afeándoles su inicua agresion, y á declararles que toda operacion hostil de su parte seria vengada en los prisioneros que conservaban, en vista de lo cual, el ejército se retiró inmediatamente, pero los platenses en el exceso de su furor y resentimiento, faltaron á su promesa, que aunque no la habian hecho formalmente, se dejaba entender en el sentido de sus mismas amenazas, dando la muerte á todos aquellos en número de 180.

Los platenses mandaron inmediatamente un mensage á Atenas, dándoles parte de lo ocurrido, y todos los beocios que se hallaban en Atica fueron arrestados, contestando que conservasen los prisioneros hasta que se resolviese; pero desgraciadamente ya no ecsistian. Un ejército ateniense condujo provisiones á Platea, y habiendo dejado la ciudad guarnecida se llevó á las mugeres y niños, dejando solo á los útiles para la guerra.

Los lacedemonios se preparaban á la guerra con el mayor calor, y enviaron embajadores á Persia, principalmente con esperanza de obtener auxilios pecuniarios. Se señaló una contribucion á los aliados y se resolvió equipar hasta 500 triremes sin contar los que se esperaban de los establecimientos griegos de Italia y Sicilia, que la mayor parte favorecian su causa. La confederacion de estos se componia de todos los estados del Peloponeso, excepto los argivos y aqueos, que permanecian neutrales con casi todos los del norte de la Grecia, á escepcion de Tesalia y Acarnania, que hacian causa comun con los atenienses, los primeros no con tanto interes como los segundos, con cuya amistad y con la de Corcira, Zacyntho y Naupacto, que la poseian los Mesenios, pueblo que debia su ecsistencia á la proteccion de los atenienses, podian estos llevar la guerra á todos los mares del occidente. Corcira, Scio y Lesbos contribuyeron con buques á aumentar la escuadra ateniense, y en retribucion se les concedió la independencia: las otras islas del mar Egeo, menos Melos y Tera con todos los griegos de Asia y de Tracia, á escepcion de los que recientemente se habian sublevado, eran estados subyugados, privados de sus buques de guerra y conservados en la mayor sujecion.

A pesar de la mayor cultura y humanidad de costumbres, y contra las máximas de una religion tan diametralmente opuesta á la violencia y derramamiento de sangre, y que en sentir de no pocos doctores, prohibe hasta la defensa natural, casi todas las guerras han sido conducidas con desenfreno popular, aun en los estados de la Europa civilizada. Los griegos, si eran ardientes defensores de la gloria

militar, estaban poco versados en las leyes universales de justicia y filantropía. Todas sus máximas de moral política no pasaban de considerarse obligados al patriotismo y guardar los pactos celebrados: pocos fueron los hombres pensadores que tuvieron por un deber el respetar la felicidad del género humano, ó sintieron la miseria y perversidad de emprender una guerra inútil. Asi, no es de maravillar que un alistamiento para la guerra fuese recibido con entusiasmo, cuando despues de catorce años la juventud que habia crecido sin experiencia de los padecimientos de una guerra, no sentia mas que el orgullo que le imprimieron las glorias de sus padres, y la emulacion de eclipsar sus proezas. Toda la Grecia se hallaba en perplejidad: circulaban por todas partes oráculos y vaticinios sin número, y todo fenómeno algo extraordinario se atribuia á presagio de los acontecimientos que habian de tener lugar. Los deseos de los mas eran de parte de los lacedemonios, cuyos sentimientos eran conservar la libertad de la Grecia. Los súbditos de la república de Atenas anhelaban sacudir su yugo, y los que gozaban de su independencia temian ser avasallados por ella, asi es que habiéndose levantado al estado del prepoder que egercia por la tirania de Pausanias, parecia estar amenazada á perderlo por la suya propia.

Los peloponenses se adelantaron llevando á la cabaza de su ejército al rey Arquidamo, pero antes de invadir la Atica enviaron una embajada á Atenas, por si queria ceder de sus pretensiones. El enviado no fué admitido á audiencia sino que fué despedido con la prevencion de que si los lacedemonios querian hacer alguna proposicion, retirasen ante todo el ejército. Con semejante respuesta Arquidamo pasó las fronteras de la Atica.

Pericles fué uno de los diez generales que habia nombrado Atenas. Su empleo le daba facultades para convocar asambleas extraordinarias del pueblo, y con el poder que le daban su elocuencia y popularidad, que eran el único móvil de todas las operaciones, se abrogó enteramente la direccion del estado. En una de las asambleas tenidas cuando los lacedemonios se estaban reuniendo y preparando, procuró animar el pueblo á la guerra, y entre otras cosas temiendo que Arquidamo no talaria sus tierras por la particular amistad que mediaba entre los dos, ó porque los lacedemonios lo quisiesen disponer asi, para hacerlo sospechoso entre los suyos, propuso que si sus estados eran distinguidos con cualquier género de indulgencia, los cederia á beneficio del público. Ecsortó á sus oyentes á retirar todos sus bienes movibles á la ciudad y á evitar todo encuentro, para poder conservar sus fuerzas, para mantener sin detrimento su armada y dominio que egercian fuera de Atenas, como que en esto estrivaba toda su grandeza. Luego determinó la suma de los gastos necesarios para la guerra: Ademas de las rentas y otros ingresos en el tesoro, el tributo anual que entonces pagaban los aliados ascendia á seiscientos

talentos. El tesoro conservaba seis mil talentos en moneda acuñada y además muchas alajas de oro y plata, como vasos sagrados, ofrendas, despojos de los persas etc. que ascendían á una suma extraordinaria. La infantería pesada de los naturales ascendía á veinte y nueve mil hombres. La caballería de línea y la de flecheros montados eran mil doscientos, y los flecheros de á pie mil y seiscientos, además de los cuales tenían una numerosa fuerza de tropa ligera, la mayor parte esclavos. Los triremes prontos para obrar eran trescientos, sin poder decir de positivo el número á que ascendía la fuerza con que los aliados concurren á la guerra.

Los atenienses trajeron á la ciudad á sus familias y enviaron sus ganados á la isla de Eubea y demás islas inmediatas, aunque con bastante repugnancia, porque los atenienses eran entre todos los estados de Grecia los más amantes de la vida del campo. La destrucción ocasionada por los persas había sido reparada, los edificios reedificados, y muchos con mejoras muy costosas, todo lo que volvería á quedar destruido. Lo que más sentían perder era sus templos y observancias religiosas de ciertas ciudades heredadas de los antiguos tiempos, antes de la unión verificada por Teseo. Los actuales apuros eran imponentes; muchos necesariamente se vieron reducidos á la mayor pobreza, dejando de percibir los réditos de sus posesiones. La ciudad encerraba una multitud mayor que la que era capaz de contener; unos se fijaban en los templos, otros se guarecían en las torres de las murallas y otros con tiendas y barracas en los lugares espaciosos de la ciudad y del puerto, y entre el espacio de las grandes murallas. Con todo, solo se trató de disponerse vigorosamente á la guerra, y dentro de poco estuvo lista una flota de cien velas para operar contra el Peloponeso.

Arquidamo retardó el adelantar sus tropas con la esperanza de que los atenienses, mientras estaban sus posesiones intactas, habrían ofrecido algunos medios de reconciliación para conservarlas, pero viendo que nada de esto sucedía, se dirigió á Eleusis, y sentando allí sus reales devastó las ricas llanuras de Triasia; desde donde pasó á Acarna, la mayor posesión de la Atica, y á seis millas de Atenas. Los acarnios componían un grande y poderoso cuerpo, pues ellos solos suministraban tres mil hombres de infantería pesada; así empezó por ellos persuadiéndose que estos influirían con el pueblo para salir al combate, ó si al contrario, habiendo perdido sus posesiones, serían menos activos en defender las ajenas, lo que le habilitaría á continuar más seguramente sus operaciones; por lo que asoló enteramente el país. Atenas era todo confusión: desde la guerra de los persas ningún enemigo había traído sus armas á la vista de Atenas. Muchos, sobre todo los acarnios, pedían el combate, otros se oponían á correr los riesgos de su éxito, pero todos convenían en acriminar á Pericles, como causa de todos los males. Pericles se mantenía imperturbable y

sin convocar asamblea, por miedo que no votase el salir á probar alguna accion, solo se contentó con enviar algunos destacamentos de caballeria para contener á los invasores, é impedir que sus talas se acercasen al campo, los cuales habiendo tenido un encuentro con la caballeria beocia, salieron victoriosos. Habiendo devastado la Acarnia y provocado en vano al enemigo, llevaron la destruccion hácia Oro-po, que está al este y extremo de la Atica, desde donde pasando por Beocia se volvieron á Lacedemonia.

Entretanto los cien buques atenienses con cincuenta de Corcira y algunos mas de otros aliados, se hicieron á la vela para el Peloponeso en donde devastaron mucha parte de su costa occidental. Pasando adelante se posesionaron de Astaco, en la Acarnania, echaron fuera á su rey y establecieron la democracia, admitiéndola á su alianza, y atrajeron á su amistad sin hostilidad alguna á la isla de Cefalonía.

Los atenienses resolvieron reservar mil talentos para un apuro estremo, y declarar que incurriria en la pena capital todo el que pro-pusiese llegar á ellos, á no ser que la ciudad fuese sitiada por mar, acontecimiento que supondria la derrota de la flota, única circunstancia que podria ocasionar la ruina de la república, y con el mismo objeto reservaron cien triremes. Los de Egina habian sido los mas activos en encender la guerra, y su inveterada enemistad era peligrosa por la particular situacion de la isla. Por una medida cruel, pero que segun las máximas griegas, no parecia esceder lo que puede quedar justificado por una provocacion, toda la poblacion libre de Egina fué enteramente desterrada, y una colonia de atenienses ocupó las tierras y las casas. Asi se tuvo guarnicion sin gastos y Atenas se vió aligerada un tanto de la muchedumbre que la oprimia. La mayor parte de los desterrados fueron establecidos por los lacedemonios en Tirea, cerca las fronteras de Argolia y Laconia. Los atenienses verificaron algunos convenios amistosos con Sitalces, rey de Tracia, que se les declaró aliado y les procuró la paz y alianza con Perdicas.

Habiendo adelantado la estacion, toda la Grecia quedó tranquila, excepto la costa occidental, en que los corintios restablecieron al rey de Astaco. En Atenas se solemnizó publicamente, segun costumbre, el funeral de los que habian muerto en la guerra, y Pericles fué nombrado para hacer el discurso, el cual nos ha trasmitido Tucídides. Esta y otras oraciones de Pericles pueden reputarse por las mas antiguas muestras remanentes de la antigua elocuencia griega, por lo que y por su justo mérito, deben colocarse entre sus principales obras maestras.

En la primera campaña las talas que sufrió la Atica fueron ven-gadas con otras iguales en el Peloponeso, sin costar á los atenienses tantos gastos ni operaciones como á los lacedemonios. Pero al año siguiente, asi que los peloponenses empezaron sus incursiones, Atenas se vió acometida por otro azote mas terrible que los invasores. Una

fiebre pestilente, que traía su origen de Etiopia, se habia hecho sentir en Egipto y en muchas otras partes de Asia, y se introdujo en Atenas con un furor hasta entonces no conocido. Empezaba con fuego en la cabeza y con inflamacion en los ojos: la lengua y la garganta se ponian ensangrentadas, el aliento fétido y la sed inestinguible. La fiebre duraba de siete á nueve dias, y la mayor parte de los que se libraban de su furor, perecian por la ulceracion de las entrañas. Muchos quedaban sin memoria, de modo que despues de haber recobrado, no conocian á sus mas próximos allegados. Las aves de rapiña y demas animales voraces que tocaban los cadáveres, morian sin remedio.

No se conocia medio de atajar el contagio, cuya malignidad se aumentaba, y mas aun el desaliento de los pacientes los cuales morian abandonados, pues el que se resolvia á socorrerlos quedaba contagiado; solo los que habian padecido el mal podian emplearse en tales oficios, pues no quedaban sujetos á volverlo á contraer. Tan lamentable desgracia fué todavia acrecentada por la muchedumbre de la ciudad. Los cadáveres quedaban abandonados en montones pestiferos por las calles y cerca de las fuentes, á donde los moribundos se arrastraban y se oprimian para beber. Los templos estaban llenos de cadáveres fétidos, y faltaban medios para dar sepultura á tanto número.

Los mas sensibles efectos era la licencia sin límites y la desesperada desmoralizacion producidas por la misma calamidad. Todos decian interiormente; comamos, bebamos y gocemonos: ¿para que queremos mas riquezas de las cuales ya no podremos disfrutar mañana? Las casas principales quedaban desmanteladas y los que de pronto hacian una fortuna extraordinaria la malbarataban en los excesos y en el desenfreno. Las afecciones de todos se sentian embotadas y la naturaleza embrutecida con los tumultuosos deleites, á pesar de que por todos lados no se veia mas que muerte y destruccion, y que las riquezas que estaban disipando les habian llegado por la muerte de sus allegados ó queridos. No se conocia ninguna clase de temor de Dios ni de respeto á las leyes que bastasen á desterrar los crímenes, por cuyo medio se pudiese conseguir un momentáneo placer. No inspirándoles su religion el acudir á la divinidad sino por el goce ó la obtension de los bienes mundanos, no veian diferencia entre el justo y el injusto cuando ambos iban á ser presa del contagio, siendo las leyes de todo punto inútiles, pues que nadie esperaba vivir, y por consiguiente poder sufrir la sentencia.

En este período de miseria, Pericles seguia su plan establecido, no esponiendo ninguna accion, sufriendo que los peloponenses talasen la Atica, aunque no lo era menos el pais de aquellos por la escuadra ateniense. Pero el espíritu ateniense se hallaba abatido; propusieron la paz y se les desatendió con orgullo; la vergüenza de se-

mejante desaire concurrió con los padecimientos referidos á escitar el disgusto contra Pericles, como verdadero autor de tantos infortunios. Pericles convocó una asamblea para alentar á los ciudadanos y justificar su conducta. En ella volvió á probar las razones que tenia para seguir la guerra, las mismas que habian determinado á todos á emprenderla, y que nada habian perdido de su precio, les acordó que ya les habia predicho todos los contratiempos que sufrían, escepto el del contagio, acerca del cual de nada puede servir la prevision humana; les encareció á no abandonar la guerra, pues de lo contrario se verian esclavizados por los lacedemonios y tratados con mucha mayor dureza, que si se les hubiesen rendido al principio, concluyendo que con su firmeza todavia debian confiar en la victoria. Sus argumentos persuadieron á la muchedumbre y se resolvió continuar la guerra, pero su disgusto por las pérdidas que cada uno habia sufrido, no pudo aligerarse hasta que lo multaron con exceso. Sin embargo, tan convencida estaba la caprichosa multitud de su extraordinario mérito que al punto volvieron á nombrarlo general, dejándolo todo á su disposicion.

Por el otoño cayeron en poder de los atenienses algunos embajadores del Peloponeso que se dirigian á Persia: entre ellos se hallaba Aristeo, que era el que habia intervenido, como uno de los principales agentes de la revolucion de Potidea, y el temor de que este mismo sugeto no les ocasionase mayor daño, fué el principal motivo de la inhumanidad con que fueron tratados. Asi pues, fueron desde luego ajusticiados sin ser oidos, so pretexto de represalia por la atroz conducta de los lacedemonios, los cuales, desde que se habian empezado las hostilidades, degollaban la tripulacion de todo buque, ya fuese ateniense ó de sus aliados que encontraban, llegando á verificarlo con los neutrales. Al entrar el invierno se rindió Potidea, capitulando que la guarnicion y habitantes serian libres de trasladarse á donde quisiesen; y el territorio fué ocupado por una colonia ateniense.

En este estado de cosas Pericles fué acometido del contagio y fué víctima de su rigor. Tucídides observa que sus vaticinios vinieron todos á verificarse, porque los principios de su política y los consejos que dió constantemente á sus conciudadanos, fueron atender á la conservacion de su marina, no comprometerse en nuevas conquistas y no esponerse en inútiles acciones, de cuya observancia dependia el triunfo; pero los atenienses hicieron absolutamente lo contrario, y ademas cometieron muchos errores, tanto con respecto á sí mismos, como para con los aliados, sugeridos por hombres ambiciosos é interesados, y la razon de tan notable diferencia fué que Pericles siendo un sugeto poderoso por su talento, reputacion y extraordinaria integridad, no ofrecia jamas ocasion, por la que el pueblo pudiese indisponerse, sino que se dejaba conducir á su arbitrio; al paso que los que vinieron despues de él, siendo á poca diferencia de iguales circunstan-

*Plan de los tratados que formarán el completo de la Obra.*

*Matemáticas.* Aritmética y álgebra. Geometría plana y sólida. Aplicación del álgebra á la geometría. Trigonometría plana. Idem esférica. Secciones cónicas. Cálculos diferencial é integral. Agrimensura.

*Geografía.* Geografía matemática. Idem física.

*Astronomía.* Astronomía matemática. Idem física. Observatorios. Instrumentos astronómicos. Nautica. Gnomónica, ó relojería sideral.

*Arquitectura.* Arquitectura civil. Idem hidráulica.

*Física.* Mecánica, dos cuadernos. Idem del cuerpo animal. Máquinas de vapor. Hidrostática. Hidráulica. Pneumática. Luminico y óptica, un cuaderno. Instrumentos ópticos. Calórico, dos cuadernos. Termómetros. Electricidad. Galvanismo. Magnetismo. Meteorología.

*Química.* Objetos de esta ciencia, cuatro cuadernos. Aparatos y procedimientos. Funciones químicas en el cuerpo animal. Idem en el vegetal. Pintados. Blanqueo. Tentativas.

*Geología.* Geología, dos cuadernos.

*Mineralogía.* Mineralogía.

*Botánica.* Estructura de las plantas. Familias de las plantas. Enfermedades de las plantas. Geografía de las plantas. Arreglo de las plantas. Uso de las plantas.

*Agricultura.* Principios generales de agricultura. Edificios y maquinaria agrícola. Dirección de una casa de labranza. Alimentos del ganado. Modo de aventarlo. Enfermedades que padecen.

*Filosofía moral.* Principios del conocimiento humano. De las ideas y del discurso. Del lenguaje y gramática. Del juicio y de la razón. Economía política.

*Historia de las ciencias y artes.* Historia de la matemática. De la astronomía. De la física. De la química. De la anatomía. De la metafísica. De la ética. De la legislación. De las artes mecánicas. De las artes liberales. De la navegación. De la guerra. Del comercio. De las manufacturas. De las naciones. Diferentes cuadernos que tratarán de ellas.

*Historia de algunos grandes hombres.* Historia de Galileo. De Copérnico. De Bacon. De Thico Brahe. De Keplero. De Newton. De Leibnitz. De Hervey. De Black. De Cavendish. De Priestley. De Lavoisier. De La Place. De Locke. De Cristóbal Colon. De Vasco de Gama. De Drach. De Anson. De Cook. De La Perousse. Hay además las de otros varios.

Los extra tratados son los que llevan esta señal.

Se suscribe en los parages siguientes:

En Barcelona, en la librería de *Torner*, calle de Capellans; en la de *Oliveres*, calle Ancha esquina á la Fustería; en la de la Viuda *Gorchs*, bajada de la cárcel; y en la de *Oliva*, calle de la Platería.

En Madrid: en casa de *Razola*. Valencia: *Cayberizo*. Zaragoza: *Yague*. Alicante: *Carratellá*. Murcia: *Benedicto*. Santander: *Martinez*. Málaga: *Martinez y Aguilar*. Leon: *Delgado*. Soria: *Perez Rioja*. Sevilla: *Caro*. Badajoz: *Carrillo*. Toledo: *Hernandez*. Coruña: *Calvete*. Oviedo: *Longoria*. Salamanca: *Reyes*. Burgos: *Villanueva*. Pamplona: *Longas*. Córdoba: *Berart*. Cadiz: *Hortal y C.<sup>a</sup>* Placencia: *Pis*. Santiago: *Rey Romero*. Lugo: *Pujol*. Puerto de Santa María: *Nunez*. Bilbao: *García*. Valladolid: *Rodriguez Palma*. Carbonell. Granada: *Vallejo*. Cuenca: *Viuda de Mariana*.

*Tratados que se han publicado.*

Discurso sobre los objetos, ventajas y placeres que dimanán del saber. Calórico dos cuadernos. Mecánica dos cuadernos. Neumática: Hidrostática: Hidráulica: Geografía física un cuaderno. Óptica un cuaderno. Historia de la Grecia, dos cuadernos.

